





**LAS CARAS DE
LA HISTORIA**





VICENTE MASSOT

LAS CARAS DE LA HISTORIA

DE LA GRAN GUERRA AL
TERRORISMO INTERNACIONAL

 *Editorial El Ateneo*

Massot, Vicente

Las caras de la historia : de la gran guerra al terrorismo internacional . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.
232 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-950-02-0849-9

1. Historia Universal. I. Título

CDD 909

Las caras de la historia. De la Gran Guerra al terrorismo internacional
© Vicente Massot, 2015

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4983 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

1^a edición: abril de 2015

ISBN 978-950-02-0849-9

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en abril de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Índice

Prólogo	13
Julio de 1914	19
El magnicidio	20
Qué tanto sabían	23
Las rivalidades de la época	32
De alianzas y movilizaciones.....	35
La toma de decisiones	47
La reacción de Viena.....	52
Sazonov quería la guerra	58
Las idas y venidas de Berlín.....	68
Londres y París, a la vista	74
Es la guerra	83
La excepcionalidad de la Guerra Civil Española.....	85
El Kremlin, el muro y los misiles.....	101
Por qué Cuba.....	110
La reacción estadounidense	115
Halcones y palomas.....	120
El paso atrás soviético	126

Vietnam revisitado	133
La inconsistencia de Washington	139
Las oportunidades perdidas	145
Retirada incondicional	151
Richelieu y el <i>Dios Mortal</i>.....	155
La cuestión hugonota	161
Las guerras europeas.....	168
Entre la Contrarreforma y el barroco.....	175
Bismarck frente al espejo.....	181
El custodio del mito	187
Presencias y ausencias	194
El estadista	200
Del 11-S a <i>Charlie Hebdo</i>.....	213
La enemistad absoluta	219
La respuesta norteamericana	223

Por y para Ramos

A



La historia es un argumento sin final.
Peter Geyl





Prólogo

Algunos de los ensayos que forman el presente libro fueron publicados en hojas efímeras, o bien en revistas de carácter académico que, por su propia naturaleza, rehuían la divulgación generalizada. Me he animado a juntarlos, previa puesta a punto, convencido de que conservan plenos interés y vigencia para los lectores, por la manera de acercarse a unos personajes de ancho calado y a unos acontecimientos decisivos de siglos pasados y el presente, haciendo caso omiso de las verdades reveladas y de las interpretaciones canónicas. Lo políticamente correcto se halla aquí ausente con aviso.

No son, como se comprenderá a poco de sentarse a leerlas, crónicas de caminos, redactadas a vuelo de pluma, o artículos de prensa pensados en clave de miniatura literaria. Nada de malo tendría que lo fueran, pero no ha sido esa mi intención. Si se tratase de reflexiones sobre determinados hombres públicos, famosos en su día, cuyo derrotero hoy pasara inadvertido; de páginas escritas a raíz de circunstancias ya caducas, o de notas que delatasen urgencias de momento, perdidas irremediablemente en el ayer, todo conspiraría contra su publicación. En cambio, si topamos con personalidades y

temas clásicos, siempre actuales, parecen existir razones que justifiquen revisitarlas.

Aun cuando el libro no tiene un orden esquemático, ello no quita que los temas, objeto de estudio, resultaran abordados en clave realista. Son pocos, si acaso algunos, los juicios de valor que se dejan leer en estos textos. Redactados sin apuro ni arrebatos, me ha interesado describir hechos y observar el recorrido de distintos hombres célebres sin prestarle atención a su conducta moral. Por supuesto, quizás alguien se halle tentado de levantarle cargos a este o a aquel rey, cardenal, caudillo, mariscal o ministro con base en el argumento de que las acciones políticas nunca son neutras. No es mi caso.

El trabajo más extenso del volumen, referido a *julio de 1914*, pone de manifiesto, sin forzar el desarrollo de los acontecimientos que precedieron al estallido de la Gran Guerra, hasta dónde la casualidad se confunde con la necesidad. El asesinato imprevisto de Francisco Fernando a manos del ultranacionalismo serbio interrumpió el curso previsible de la política del Viejo Continente y despertó fuerzas dormidas cuyo enfrentamiento era tan posible como poco probable. En ningún lugar estaba escrito que, fatalmente, debieran colisionar los imperios centrales y la *Entente*. Lo hicieron en virtud de algunos errores colosales de cálculo seguidos de determinados mecanismos –las alianzas con cláusulas gatillo y los planes de movilización– que, en determinado momento, cobraron vida propia.

De la Guerra Civil Española me ocupó con el propósito de identificar menos las diferencias ideológicas

que pusieron distancias abismales entre *nacionales* y *republicanos* que las razones, no siempre consideradas en su justa medida, que la convirtieron en un caso único. No entro a considerar, porque no tendría demasiado sentido hacerlo, si superó en importancia a otras, como la rusa o la china, ni me ha interesado pasar revista a las causas que la motivaron. Poner de relieve la excepcionalidad de la contienda disputada entre 1936 y 1939 tiene por objetivo reflejar cómo, en un mismo momento histórico, pueden solaparse, sin estar directamente vinculados entre sí, diversos factores de naturaleza religiosa, sociológica, económica, diplomática y militar.

Formulo, además, una serie de reflexiones acerca del Muro de Berlín, la crisis de los misiles cubanos y la experiencia bélica estadounidense en el sudeste asiático. De alguna manera, lo que surge de ellas es la forma de analizar y decidir los cursos de acción por parte de las dos superpotencias. Si, por un momento, se dejan fuera las observancias doctrinarias de Washington y Moscú y se pone toda la atención en cómo actuaron los dos poderes hegemónicos de la época frente a desafíos de carácter estratégico en el Caribe, Berlín y Vietnam, la conclusión a la que se llega pone al descubierto, al margen de las diferencias obvias, las similitudes que un enfoque ideológico de la cuestión ocultaría.

Richelieu entra a escena sin que su figura se confunda, ni por un instante, con el fantasioso personaje nacido a instancias de Alejandro Dumas. Semejante a Bismarck en cuanto a su realismo político y refractario a toda abstracción ideológica, el cardenal es materia de reflexión a partir de su relación con el Estado que,

de la nada, él ayudó a vertebrar en Francia y que explica, entre otras cosas, por qué un príncipe de la Iglesia pudo aliarse con el campeón del protestantismo en contra de los Habsburgo, a la par que reducía a escombros al partido hugonote en su propio país. No había contradicción en ello. Richelieu no era un hombre de la cristiandad medieval ni creía en la unidad metafísica del orbe. Estaba convencido de que los tiempos habían mutado y si en las cuestiones del *más allá* su Dios siempre sería el mismo, en las del *más acá* la política giraba en torno de una nueva deidad: el Dios Mortal o, si se prefiere, el Estado.

El artículo acerca de Bismarck fue redactado a pedido de un librero, cuyo propósito, finalmente fallido, consistía en editar la traducción castellana de las *Memorias del canciller de hierro*, precedidos de una introducción que pusiese al lector en autos de la historia del libro y de la trayectoria del estadista prusiano. Los *Pensamientos y recuerdos* de Bismarck merecen una revisita intelectual no solo por la elegancia con la que fueron escritos, sino por lo que transparentan acerca de la índole emocional del autor. Asociada como está su figura a la forja de la unidad alemana y al manejo de la política internacional europea de la segunda mitad del siglo xix, el estadista ha eclipsado al estilista. Sin embargo, Bismarck acreditó, a la hora de relatar su vida, una notable calidad literaria.

Por fin, a modo de epílogo, he querido saltar del orden ecuménico que concluyó con la desaparición de la Unión Soviética al que dio comienzo con la así llamada globalización, a través de un artículo cuyo eje central

gira en torno del significado que tuvieron los atentados contra las Torres Gemelas y *Charlie Hebdo* para las categorías del *enemigo*, la *disuasión* y la *guerra*.

Figuras de la enjundia del cardenal Richelieu y del príncipe Bismarck, como el atentado de Sarajevo, la crisis de los misiles cubanos, la caída del muro de Berlín y las guerras de España y de Vietnam no podrían ser abordados de otra manera que no fuera desterrando las visiones apodícticas y las lecturas dogmáticas. Apegado a este criterio, he deseado hacer honor a la definición de Peter Geyl que, de propósito, escogí a modo de epígrafe.

Vicente Massot
Enero de 2015



Julio de 1914

Que el conocimiento histórico se halla directamente vinculado al *porqué*, en tal momento, sucedieron ciertos hechos, lo sabe cualquiera. También, que si el abordaje del pasado solo se vinculase con las causas, resultaría incompleto. En este orden de cosas, la explicación de por qué estalló la Primera Guerra Mundial debe acompañarse con el análisis de *cómo* ocurrió. Las *causas* y la *secuencia de los acontecimientos* no son iguales en términos estrictos, pero representan las caras de una misma moneda. Si de causas se trata, es menester desandar la historia hasta, por lo menos, medio siglo antes, o más, para explicar el asesinato de Sarajevo. En cambio, clavar los puntales de la crítica en el *cómo*, supone un abordaje al tema desde un ángulo diferente. En uno y otro caso, a veces con plena conciencia y a veces de manera inadvertida, el historiador asume el papel de Heleno, aquel personaje de *La Ilíada*, hijo de Príamo y de Hécuba, cuya característica excluyente residía en su facultad de predecir no el futuro, como Casandra, sino el pasado.

Procesar hacia atrás los hechos históricos con el propósito de hallar las causas de determinado fenómeno político –proceso revolucionario, quiebre social, renacimiento religioso o estallido bélico– solo se en-

tiende a condición de evitar dos riesgos: no quedar enredados en una telaraña de conceptos pre establecidos o de teorías que poco si acaso algún lugar le dejan a la causalidad y a la contingencia, y reconocer que, a veces, los *porqué*, aun si existen, resultan imposibles de detectar. A su vez, explicar el atentado que le costó la vida al archiduque Francisco Fernando con arreglo a una descripción pormenorizada del hecho en sí, dándole prioridad, en el orden analítico, a cómo prosperó el complot y cómo unos pasos siguieron a otros, no significa que los acontecimientos reseñados debieron darse de esa manera. Apuntar al *cómo* lleva implícita la obligación de no atar el relato a una cadena de decisiones personales o de fuerzas estructurales capaces de explicar la o las razones en virtud de las cuales Austria obró *necesariamente* de tal forma y Serbia de tal otra. Vayamos, pues, a cuentas.

El magnicidio

Sarajevo fue el disparador. Si nadie hubiese reparado en el heredero del trono austrohúngaro o el complot de La Mano Negra hubiera fracasado, en agosto de 1914 los cañones y los fusiles no habrían tronado, las trincheras no habrían sido cavadas y las movilizaciones de tropas habrían conservado la condición de partes fundamentales de los distintos planes estratégicos tejidos por los estados mayores de la época. Nada más. Sin embargo, Francisco Fernando fue muerto y eso gatilló primero una crisis y recién después una contienda que,

hasta ese instante, era tan posible como poco probable. El domingo 28 de junio, el heredero del trono imperial austrohúngaro –a la sazón inspector general de las fuerzas armadas de la corona bicéfala– recorrió esa ciudad en el marco de unas maniobras militares que dos cuerpos de ejército acababan de desarrollar alrededor de la zona montañosa de Tarcin, a pocos kilómetros de la capital de la provincia de Bosnia-Herzegovina. El punto de inflexión que produjo en los Balcanes su asesinato, producto del inaudito desafío enderezado por el nacionalismo serbio a Viena, no desató la guerra de inmediato. Andando las semanas, una cadena de errores de cálculo la harían inevitable.

La planificación forjada a instancias del mencionado grupo terrorista resultó de una chapucería inconcebible y solo tuvo éxito de casualidad, merced a la laxitud de las medidas de seguridad adoptadas por los austriacos, y a su desatención del lugar y de la fecha elegidos para la visita real. Era el día patrio de los serbios que conmemoraban la batalla, librada en Kosovo, a finales del siglo xiv. Dos cosas sucedieron entonces: sus tropas fueron deshechas por el ejército turco y, al mismo tiempo, uno de los caballeros del reino, Milos Obilic, ultimó al sultán Murad I. La derrota, por curioso que parezca, quedó transformada en un hito emblemático de la nacionalidad, de donde no se requería demasiada ciencia para sospechar que el viaje del archiduque podía parecer una provocación, aun cuando no fue ese su propósito.

Cuatro años antes había visitado Sarajevo el emperador y, en semejante ocasión, dos filas de soldados,

apostadas a lo largo de la ruta, custodiaron la ruta que Francisco José siguió sin problemas. En 1914, el jefe de Policía de la localidad, Edmundo Gerde, solo contaba con ciento veinte agentes y seis detectives para cubrir un trayecto de casi cuatro millas. A sabiendas de que la cantidad de efectivos a su cargo era irrisoria, le pidió al gobernador militar de Bosnia-Herzegovina, general Oskar Potiorek, el envío de más soldados para acordonar la ruta. El jefe castrense le contestó que no podía satisfacer sus deseos en razón de que, luego de las maniobras realizadas, sus uniformes estaban sucios. Esto sin contar la inconcebible decisión del alcalde de la ciudad, en contra de la demanda de Gerde, de hacer público cinco días antes de la visita, a nivel de detalle, el derrotero del ilustre visitante.

Siete miembros de La Mano Negra se apostaron en diferentes lugares del trayecto a los efectos de consumar su propósito. Habían sido escogidos por los jefes de esa organización y entrenados de manera rudimentaria. Llevaban consigo cuatro pistolas Browning y seis bombas no demasiado sofisticadas, provistas por el arsenal del Estado serbio, sito en Kragujevac. No eran eximios tiradores ni tampoco expertos en el manejo de explosivos. El asesinato, tal cual había sido pensado, fracasó en primera instancia y solo prosperó más tarde en razón de tres hechos absolutamente casuales: el orgullo del archiduque que pudo más que su cordura –de lo contrario, después de fallar los conspiradores, se hubiera marchado de regreso a Viena–; la equivocación del chofer, que no debió haber tomado esa ruta ni detenerse, dándole así al terrorista la posibilidad que, de otra forma,

no hubiera tenido, y la ubicación de Gavrilo Princip, que quedó a tiro del convertible Gräf & Stift, en el cual se movilizaban Francisco Fernando y Sofía, su mujer.

Qué tanto sabían

El atentado, en realidad, fue una iniciativa del joven Gavrilo Princip, temeroso, según sus propias palabras, de que “el futuro soberano pudiera prevenir nuestra unión al llevar adelante determinadas reformas”. La Mano Negra luego tomó la idea, la hizo propia y optó por darle curso. El dato no es de menor importancia. Revela que ni esa logia secreta, inocultablemente ligada con parte del gobierno de Belgrado, ni la monarquía de Pedro I pensaban asesinar al archiduque con el objetivo de poner a los Balcanes y a Europa en los umbrales de una guerra. Aunque, eso sí, haberlo ejecutado habla a las claras del extremo al cual estaba decidida a llegar, en su odio al Imperio austrohúngaro, la jefatura de la organización terrorista clandestina. Era fácil imaginar que, de resultas de tamaño atentado, si los complotados tenían éxito, se seguirían consecuencias impredecibles en virtud de los entronques de la administración serbia con el jefe de la inteligencia del ejército y cabeza indiscutida de La Mano Negra, el coronel Dragutin Dimitrijević, más conocido por el sobrenombre de “Apis”.

El ascendiente de Apis venía de antiguo, desde el golpe de estado, seguido del asesinato del rey Alejandro y de su mujer, que llevaron a cabo veintiocho oficiales en la madrugada del 11 de junio de 1903. A partir de

entonces, con la desaparición de la dinastía Obrenović y el ascenso al trono de Pedro I Karadjordjević, traído a las apuradas de su exilio suizo, nació en Belgrado un poder fáctico que condicionó la vida política del país hasta la Gran Guerra. El grupo militar que había gestado el regicidio no desapareció de la escena. Por el contrario, creció en envergadura y extendió su influencia dentro y fuera de las filas castrenses. Tanto, que ni los gabinetes que se sucedieron entre 1903 y 1914 ni tampoco la corte hubieran podido desentenderse de la influencia y las ideas de tamaña logia aunque lo desearan. Entiéndase bien: el primer ministro Pasic y Pedro I no eran simples títeres dependientes del ejército, en general, y de Apis, en particular. Pero a los dos les hubiera sido imposible prescindir de los militares a la hora de definir las líneas directrices de una estrategia en donde las reivindicaciones territoriales eran verdaderos dogmas de fe.

Cuanto existía en Serbia era una diarquía embozada tras la apariencia de la monarquía constitucional. Con una particularidad, que a nadie le pasaba inadvertida: mientras el rey y su *premier* resultaban partidarios de desenvolver una estrategia moderada en punto a los reclamos que ellos sostenían, Apis y los suyos abogaron, desde la anexión austriaca de las provincias de Bosnia y Herzegovina, por una política de confrontación. Ambos grupos coincidían en que era inevitable la disolución del Imperio austrohúngaro y suponían, en consecuencia, que su país se hallaría en inmejorables condiciones para sacar provecho de los territorios hasta ese momento dependientes de Viena. En lo que diferían era en cómo lograrlo. Pasic y sus seguidores estimaban que la cadu-

ciudad imperial se produciría no como producto de un golpe externo, sino en virtud de sus contradicciones internas. Los más radicalizados apostaban a una guerra para la cual debían estar preparados.

¿Cuánto conocían el gobierno ruso y el serbio de las andanzas de Apis y cuál podía ser el rédito que los nacionalistas de La Mano Negra pensaban obtener del atentado? Es que, en atención a la alianza de los dos imperios germanos; la incapacidad de Viena de obrar por las suyas, sin el concurso alemán, y la dependencia serbia respecto de Rusia, no era lo mismo la puesta en marcha de un acto terrorista en solitario, es decir, si no pensado, sí organizado y ejecutado por la organización bajo la tutela del misterioso Apis, que el desenvolvimiento del plan con el visto bueno de Belgrado y de San Petersburgo. Si lo primero fuese cierto estaríamos ante la apuesta, a todo o nada, de una facción paramilitar deseosa de generar determinadas consecuencias capaces de poner a los gobiernos del zar y de Pasic en la disyuntiva de escalar o de retroceder con la pérdida de autoridad imaginable. En caso de ser cierto lo segundo, quedaría en claro la voluntad de los dos estados paneslavistas de desatar una guerra.

Los documentos conocidos poco y nada ayudan a contestar los interrogantes planteados. Todo lo que puede adelantarse son suposiciones con base en testimonios orales. Apis se llevó a la tumba sus secretos, de modo que, de los móviles estratégicos de La Mano Negra, en lo concerniente al asesinato de Francisco Fernando, estamos en ayunas. ¿Qué decir de Pasic? Hay quienes afirman que sabía del plan. Eso, al menos, es-

cribió en sus *Memorias*, publicadas en 1924, su ministro de educación, Ljuba Jovanovic. Recordó que, a fines de mayo o principios de junio, en una de las tantas reuniones de gabinete, Pasic les informó a sus colaboradores que estaba en preparación un atentado para matar al archiduque cuando viajase a Sarajevo. La reacción de todos fue unánime y se le encomendó al primer ministro que ordenase a las correspondientes autoridades fronterizas impedir el paso de los complotados. Aunque el relato resultase verdadero, y no hay razones para pensar lo contrario, no suena lógico que, frente a tal noticia, todo hubiese quedado reducido a ese simple pedido, hecho a unos oficiales aduaneros. Formalmente, el jefe de gobierno cumplió cuanto le había solicitado su cuerpo ministerial e incluso pudo más tarde exhibir, de cara a Viena, su predisposición para tomar cartas en el asunto. Al mismo tiempo, negó siempre que le hubiera advertido al gobierno de Francisco José sobre la existencia del complot. En caso de haberlo hecho, se hubiera autoincriminado. Por eso en el reportaje que le concedió al diario húngaro *Az Est*, el 7 de julio de 1914, no dejó lugar a dudas. Los austriacos, por su lado, obraron de la misma manera: cómo explicar, si estaban en autos del asunto, su proverbial despreocupación por la seguridad del archiduque.

¿Fue avisada Viena? El subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores galo, Abel Ferry, tiene una entrada en su agenda oficial, correspondiente al 1º de julio, que registra la visita de un funcionario de la embajada serbia en París, Milenko Vesnic. En la conversación mantenida, este le contó que su gobierno le había he-

cho saber al de Viena de una trama destinada a asesinar al heredero de la corona imperial. Similar testimonio le prestó al más lúcido historiador italiano de la Gran Guerra, Luigi Albertini, en 1915, quien fuera el agregado militar de Belgrado en la capital austriaca hasta el inicio de la contienda. Según él, Pasic había enviado un telegrama a su ministro plenipotenciario ante la corte de Francisco José, Jovan Jovanovic, para que informase del plan trazado y le aconsejase al gobierno imperial posponer la visita. Acto seguido el citado diplomático mantuvo una reunión con León Biliński, ministro de finanzas austrohúngaro, respecto de los riesgos que asumiría el heredero imperial si acaso se decidía a visitar Sarajevo.

Qué tan claras fueron las instrucciones de Pasic a Jovanovic y, en tal caso, qué fue lo que le transmitió a Biliński, son preguntas difíciles de responder. Como sostiene Christopher Clark, en uno de los libros más importantes escritos en los últimos años, “parece, en retrospectiva, una maniobra de encubrimiento”.¹ Es elemental pensar que si Pasic conocía los pormenores de la conspiración, o incluso sus rudimentos, y quería evitar sus consecuencias, era su obligación cortarla de cuajo, al margen de alertar a Viena. En cambio, lo que hubo, casi seguramente, fue un montaje de medias palabras, apenas creíble, acerca del asunto de mayor trascendencia que Belgrado había tenido entre manos relacionado

1. “*In retrospect, it has the look of a covering manoeuvre.*” Clark, Christopher. *The Sleepwalkers. How Europe went to war in 1914.* Nueva York, Harper Collins, 2012, p. 61.

con el Imperio que tanto detestaba, pero con el cual, juzgar a las escondidas, tratándose de la vida de Francisco Fernando, suponía correr un riesgo inmenso.

¿Y dónde queda Rusia en términos de su conocimiento o ignorancia de lo que iba a suceder? San Petersburgo tenía en Nicolas Hartwig al hombre indicado en el lugar indicado, Belgrado. Paneslavista hasta los tuétanos y vinculado a la flor y nata del gobierno serbio, como también a las organizaciones secretas nacionalistas, en Viena lo tenían catalogado, empezando por el mismísimo Francisco José, como el “verdadero jefe” del país eslavo. Aun asumiendo la cuota de exageración que revestían las opiniones provenientes de Austria, Hartwig había sido un engranaje fundamental en la forja de la coalición antiturca durante la Primera Guerra Balcánica. Personaje tan enigmático como poderoso, difícilmente podía resultar ajeno a cuanto preparaba Apis.

Las relaciones de la corte de San Petersburgo con la de Pedro se habían afianzado desde la crisis de Bosnia. El pequeño reino eslavo se convirtió en una suerte de peón ruso en los Balcanes, y solo con el apoyo logístico zarista y la financiación francesa pudo movilizarse y triunfar en las contiendas de 1912 y 1913. En febrero del año en el cual se iniciaría la guerra, Pasic volvió eufórico y conmovido, a la vez, por el trato que había recibido en su reciente visita a Rusia, culminada en una reunión con Nicolás II. En Belgrado le confesaría a Nicolas Hartwig que, sin el apoyo moral de su país, Serbia no podría hacer frente a la hostilidad de la vecina monarquía austriaca. El 30 de junio, apenas dos días después del asesinato del archiduque, el Estado Mayor ruso, presionado por

el zar, aprobó el envío a Belgrado de ciento veinte mil fusiles y varios millones de proyectiles.

Lo escrito más arriba no demuestra, sin embargo, que en San Petersburgo se conociese la existencia del complot. Hartwig, en más de una ocasión, en conjunto con el agregado militar ruso en la capital Serbia, Viktor Artamonov, habían acreditado un grado de autonomía insólito respecto de sus jefes. El primero se había permitido faltarle el respeto públicamente a Sergei Sazonov, ministro de Relaciones Exteriores, mientras el segundo parecía prestarle poca atención al titular del Estado Mayor del ejército. Los dos actuaban en Belgrado como eminencias grises detrás del trono y del gobierno.

Un estadista como Pasic, experimentado en esas lides y con acceso, en virtud de las funciones que desempeñaba, a todas las dependencias estatales, era natural que conociese algo de la trama en desarrollo. De hecho, antes del atentado, ordenó una serie de investigaciones debido a movimientos sospechosos en la frontera con Bosnia-Herzegovina, sin ningún resultado satisfactorio. Así quedó en evidencia el doble comando existente en su país. La Mano Negra no podía remover a Pasic como lo había hecho con Alejandro, si bien, cuando convenía a sus planes, actuaba independientemente, sin prestarle atención a lo que decidiera el primer ministro. Es notable la manera en que los pedidos de informes que este solicitó a los oficiales fronterizos y al ejército, en cuanto a tráfico de armas y entradas y salidas de miembros de La Mano Negra del territorio patrio hacia Sarajevo, o no fueron contestados en tiempo y forma o, literalmente, resultaron ignorados.

Cuando la noticia del asesinato llegó a Viena, abundaron los indicios de que parte del gobierno de Belgrado estaba involucrado. Minutos después de que Princip hubiera disparado contra Francisco Fernando y Sofía, las autoridades imperiales, tan ineficientes en términos de la inteligencia previa a los hechos, lo habían detenido a él y a Cabrinovic, los dos principales responsables del crimen. Una hora más tarde tenían en claro cómo habían actuado los terroristas, pero ni entonces ni después habían llegado ni llegarían hasta Apis. Por motivos pocos claros, los austriacos focalizaron su atención en la Narodna Odbrana, una de las principales organizaciones nacionalistas serbias, dejando de lado a La Mano Negra, que era la verdaderamente importante. El error les costó caro en razón de que nunca terminaron de hallar a los culpables políticos del atentado.

Cualquiera hubiera supuesto que, ante tal magnicidio, perpetrado en las narices del poder vienes, la reacción del emperador y de sus principales colaboradores iba a resultar inmediata, más allá de la poca simpatía que Francisco José tenía por el heredero. Con todo, no hubo muestras de indignación masivas ni suspensión de los espacimientos clásicos de un domingo. No solo los habitantes del imperio siguieron con sus actividades normales, sino que los monarcas y políticos más importantes de Europa permanecieron inmutables antes la noticia. El káiser, enterado mientras disputaba una regata en Kiel, no la suspendió, mientras el líder del socialismo germano, Friedrich Ebert, sostuvo que el hecho carecía de consecuencias internacionales y no tensaría la rela-

ción entre el Imperio austrohúngaro y Serbia. Otro tanto sucedió en Londres, París, San Petersburgo y Roma.

No obstante, se había abierto una caja de Pandora, y si ninguno de los protagonistas se dio cabal cuenta entonces, o siquiera pensó en la posibilidad de que estallase una guerra europea y, mucho menos, una conflagración mundial, era claro que los agraviadados no podían quedarse cruzados de brazos. Puestos en la disyuntiva de escalar enseguida o de medir la respuesta, el emperador y su ministro de Relaciones Exteriores, el conde Leopold von Berchtold, prefirieron lo segundo, descartando de cuajo el belicismo del jefe del Estado Mayor del ejército, Franz Conrad von Hötzendorf. Nada de apuros, pensaron. Además, antes de levantar el tono de voz y llevar las cosas a la última instancia, era necesario consultar la estrategia con Alemania. Dando por sentado que debían cobrarse la afrenta, la pregunta era *cómo hacerlo*.

Resulta imposible saber cuál hubiese sido la reacción de la corte zarista o la del káiser en una situación similar, por la sencilla razón de que San Petersburgo y Berlín no debían enfrentar las fuerzas centrífugas que bullían en el seno del Imperio austrohúngaro, ni debían lidiar con un país limítrofe que, en calidad de enemigo declarado, había duplicado su tamaño y su población en el curso de las guerras balcánicas a expensas de Bulgaria y de Turquía y ahora parecía comprometido en el complot. Que en Viena más que en Budapest existía un grupo partidario de poner en caja a Belgrado al costo de la guerra, si fuese pertinente, no era novedad. Lo mismo ocurría en Serbia. Pero, en todo caso, ni de este ni

de aquel lado de la frontera los extremistas llevaban la delantera o pensaban en prenderle fuego al continente. No había profetas armados dando vueltas y las ideologías totalitarias todavía no se habían hecho presentes en Europa. A lo sumo y a pesar de sus diferencias, tanto Conrad como Apis imaginaban, si acaso, una contienda limitada.

Las rivalidades de la época

El asesinato –por la *capitis diminutio* infringida a Viena– desató a fuerzas que se habían mirado de reojo, sin que ninguno de los antagonistas pensara seriamente en dirimir supremacías en el campo de Marte. Tenía razón sir Arthur Nicholson, el subsecretario del *Foreign Office* (cancillería británica) entre 1910 y 1916, cuando le escribió a sir Edward Goschen, embajador de Su Majestad británica en Berlín, a principios del año crítico: “*I think there is no likelihood of serious friction among the big European powers*” (creo que es poco probable una fricción seria entre los grandes poderes europeos), para insistir en la misma tesisura en mayo, diciéndole: “Desde que estoy en la Cancillería no he visto aguas tan calmas... En este momento, pasan pocas cosas de interés en Europa”.²

Coexistían, en un equilibrio de enemistades, cinco grandes potencias –Inglaterra, Alemania, Rusia, Fran-

2. “*Since I have been at the Foreign Office I have not seen such calm waters... There is very little of interest taking place at this moment in Europe...*” Ponting, Clive. *Thirteen Days. Diplomacy and Disaster. The countdown to the Great War*. Londres, Pimlico, 2003, p. 63.

cia y Austria-Hungría– que no se llamaban a engaño acerca de cuáles eran sus intereses vitales, sus rivales, sus enemigos declarados y los desafíos que tenían por delante. Hubiera sido suicida que, en atención a lo expresado antes, no se prepararan para la eventualidad de una contienda que no estaba a la vuelta de la esquina aunque podía dispararse, tal como ocurrió, al margen de su voluntad. De aquí que Europa quedara cruzada por un complejo sistema de alianzas con cláusulas gatillo que incluía, excepción hecha de la Gran Bretaña, a los cuatro poderes restantes. A manera de complemento y como quedó demostrado en julio-agosto del 14, todas las naciones tenían definidos sus respectivos planes de movilización militar cuya trascendencia estaba dada no solo por los tiempos necesarios de los ejércitos propios para ponerse en marcha, sino también por la presunción de cuánto tardarían los enemigos en hacer otro tanto.

De la prevención no se sigue necesariamente la acción. Nada era nuevo y a nadie le llamaba la atención la existencia de semejantes alianzas y planes. Curioso hubiese sido lo contrario. Recelos y desconfianzas inundaban las cancillerías y estados mayores desde tiempo inmemorial. Con todo, el sistema vertebrado cien años atrás en Viena resistía intacto. En ningún momento la sombra de un poder hegemónico, semejante al de Bonaparte, se había recortado en el horizonte europeo, y las contiendas disputadas en Europa habían sido limitadas desde 1815. Nicholson estaba en lo cierto, solo que no contó –no podía hacerlo– con uno de esos imponentes capaces de modificar el curso de los acontecimientos en cuestión de segundos.

De las distintas hipótesis de conflicto que circulaban entre las cinco potencias decisivas, solo una era explosiva. Los franceses tenían la espina de Alsacia y Lorena clavada en su vientre y ello hacía imposible cualquier acuerdo definitivo con Alemania. Dicho lo cual, a los efectos de reconquistar los mencionados territorios la Tercera República no hubiese nunca movilizado sus tropas. Luego de la caducidad del *Tratado de Reaseguro* que el *Canciller de Hierro* ideó con el fin de evitar el cerco franco-ruso, la Prusia de Guillermo se hallaba en una situación incómoda, sin que ello obstara para mantener una buena vecindad de cara a San Petersburgo. Los gobiernos de Su Majestad británica y del zar Nicolás II, después de disputar zonas de influencia vitales en Persia, Afganistán y el Tíbet, habían suscripto, el 31 de agosto de 1907, la convención anglorusa. En este escenario, los Balcanes representaban el eslabón más débil de la cadena de seguridad europea.

La diferencia que se planteaba en esa región residía en que dos de los cinco grandes de la época arrastraban posiciones antagónicas que, sumadas a la beligerancia serbia y a la inocultable decadencia del Imperio austro-húngaro, la convertían en un polvorín. En un par de ocasiones, años antes del comienzo de las hostilidades en agosto de 1914, los conflictos generados, en un caso, por la anexión de Bosnia y Herzegovina y, en el otro, por el estallido de dos guerras localizadas entre Turquía, Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro, pusieron de relieve hasta dónde existían rivalidades lacerantes. Al propio tiempo, también dejaron al descubierto que no necesariamente esas disputas conducían a una guerra continental.

La decisión austriaca de hacer suyas las provincias que Serbia reclamaba para sí nació en 1908 de un entendimiento inicial con Rusia y terminó en un gravísimo desencuentro de Viena y de San Petersburgo, al que no fue ajeno el respaldo de Guillermo II a su par vienes. La administración zarista debió retroceder ante el ultimátum de Berlín dejando jirones de su decoro en el camino. Como era de esperar, no echó en saco roto la experiencia. Las enseñanzas que se llevaron los países involucrados en el asunto cobraron luego una importancia trascendental en los cuarenta días transcurridos desde el asesinato del archiduque hasta principios de agosto; a saber, Serbia no podía sola contra Viena, por mucho que creciese la agitación nacionalista en Belgrado. A su vez, Austria-Hungría estaba en condiciones de hacer frente al gigante ruso en tanto contase con el respaldo de su socio mayor en la Alianza Dual. En cuanto a San Petersburgo, sabía que si el conflicto en torno de la cuenca del Danubio escalaba, junto a los austrohúngaros aparecerían los mejores militares del mundo.

De alianzas y movilizaciones

El asesinato del 28 de junio podría haber desatado una guerra europea, pero nunca de la dimensión que finalmente alcanzó, de no haber sido por la vigencia de dos alianzas cruzadas: una, la Dual, gestada en los años de esplendor de Bismarck, y la otra establecida por Rusia y Francia, desde la Convención Militar del

verano de 1892 a la ratificación definitiva del tratado, en enero de 1894. Sería incorrecto establecer una relación de causalidad entre los compromisos, asumidos por los signatarios, de auxiliarse en caso de una crisis, y el estallido de la guerra. Alemania y el Imperio austrohúngaro, de un lado, y Francia y Rusia, del otro, los habían forjado para precaverse. Eran, ante todo, instrumentos de carácter disuasivo, si bien es cierto que, si la diplomacia fallase, la opción bélica se hallaría condicionada por esos acuerdos monolíticos que gatillarían, de manera automática, las lealtades pre establecidas.

Las alianzas tenían alcances claramente prefijados, aunque, a la larga, fuese menos importante lo que las altas partes de la guerra habían suscripto en una serie de artículos prolíjamente redactados, que el espíritu de aquellas. Si se reparáa en el hecho de que la Dual databa de 1882 y la francorrusa de 1894, ambas eran en cierta medida viejas cuando, súbitamente, y a propósito de lo ocurrido en Sarajevo, recobraron plena vigencia. Más allá de la letra cuyo origen se remontaba, en un caso, a tres décadas y, en el otro, a veinte años atrás, lo relevante era el *pensamiento estratégico de bloques* generado en el tiempo transcurrido desde finales del siglo XIX hasta 1914. Esta o aquella cláusula podían ser materia de debate o de revisión, mas estaba sobreentendido que el Imperio austrohúngaro cerraría filas –de estallar las hostilidades– junto a Alemania, del mismo modo que la Tercera República respaldaría a la Rusia zarista y viceversa. A semejanza de todo documento escrito, valían a la hora de ponerlas en práctica.

En la Europa postbismarckiana los llamados imperios centrales obraron de consuno en las dos crisis marroquíes y en la de Bosnia. Por su parte, rusos y franceses habían vencido, a partir de 1894, sin prisa y sin pausa, todas las susceptibilidades ideológicas imaginables entre un imperio autocrático y una “República regicida”, para terminar honrando el compromiso según el cual, si Alemania atacase a Francia, o Austria-Hungría, con el concurso de Berlín, a Rusia, los dos movilizarían sus tropas, sin necesidad de consultarse. El propósito excluyente consistía en obligar a Alemania a pelear en un doble frente. George Kennan, quien le dedicó al tema un libro formidable, escribió: “El texto definitivo de la convención militar franco-rusa presentaba elementos extraños y perturbadores, dejando en buena medida en manos rusas... el poder para desatar una guerra europea de envergadura cuando se prestara a sus objetivos”.³

Francia, a la cual Bismarck había aislado por espacio de años, no podía darse el lujo de pensar siquiera en medir fuerzas con Alemania sin el auxilio del zar y, si fuese posible, también de Gran Bretaña. Rusia, menos industrializada que cualquiera de aquellas, y en medio de una disputa sorda en los Balcanes con los austrohúngaros, estaba en situación parecida. A una y a otra les

3 “*The final text of The Franco-Russian military convention had some strange and disturbing features, placing largely in Russian hands... the power to unleash a major European war whenever this might suit Russian purposes*”. Kennan, George. *Fateful Alliance: France, Russia, and The coming of the First World War*. Nueva York, Pantheon Books, 1984, pp. 180-181.

preocupaba, a su vez, el fenomenal crecimiento germano en términos de tecnologías de punta y de su producción de carbón, acero y química pesada, superior a la del Reino Unido. Además, su aparato militar terrestre era, de lejos, el más poderoso y eficiente de Europa.

La convención de 1894 no fue creada con el propósito de atacar a Alemania, aunque sí para prepararse en el supuesto de que debiesen enfrentarla. Esto asentado, conviene no pasar por alto que, por aceitadas que fuesen las relaciones de Berlín y Viena y las de San Petersburgo y París, sus comportamientos distaban de ser mecánicos. En la Segunda Guerra Balcánica, cuando Berchtold conminó a los serbios a abandonar Albania y a archivar sus deseos de salir al Adriático, fueron los rusos y no los alemanes quienes respaldaron a Austria. En marzo de 1914, el káiser calificó de “estupidez” la postura terminante de Viena, opuesta a la unión de Serbia y de Macedonia.

Todavía más importantes que los tratados resultaban los planes de movilización pormenorizadamente trazados como complemento necesario de los compromisos contraídos. Haber suscripto un documento con cláusulas gatillo si el revólver carecía de percusor habría sido suicida. Por lo tanto, cada protagonista tenía preparado su plan, cuya clave de bóveda era el tiempo, dato excluyente del engranaje. Tomada la decisión de iniciar las hostilidades, en el mismo momento debían dar comienzo los movimientos masivos de tropas destinados al frente de batalla. Hacerlo suponía mover millones de hombres, algo que, obviamente, no podía maquillarse o disimularse sin levantar sospechas. Para poner un ejemplo

ilustrativo: Berlín trasladó tres millones de soldados y seiscientos mil caballos, en once mil trenes, durante los primeros trece días de combate, solo al frente francés.

Debido a que Alemania era algo así como “el jamón del sándwich” –para utilizar una expresión bismarckiana– entre dos panes que la apretaban en las fronteras orientales y occidentales, su posición geográfica y estratégica resultaba en extremo complicada. Durante los años en que fue jefe del Estado Mayor alemán, el conde de Schlieffen desarrolló dieciséis planes pensando en la eventualidad de una guerra contra Francia, catorce barajando una hipótesis similar solo que contra Rusia y diecinueve teniendo presente la posibilidad de una guerra en dos frentes. En todos los que forjó para enfrentar a un mismo tiempo a Rusia y a Francia, siempre la cuestión más importante por resolver era la misma: sobre cuál lanzar el primer ataque de las fuerzas alemanas. Resuelto el dilema, era menester determinar la magnitud del despliegue militar en el segundo frente.

Bismarck, al final de 1887, le había confesado al ministro de Guerra prusiano, general Bronsart von Schellendorf, que dado el estado de la política europea era probable que en un futuro no demasiado lejano Alemania debiera enfrentarse simultáneamente con Rusia y Francia. No representaba una novedad en Alemania la preocupación de una guerra en dos frentes, tal como la vislumbraban Schlieffen y luego Moltke. Lo que sí resultaba novedoso, y en ello radicaba toda la diferencia, eran las características de la estrategia germana si debía combatir contra Rusia y Francia al mismo tiempo. Bismarck, atormentado por la situación geopolítica de

su país, creyó que la mejor manera de salvar ese peligro era aislar a Francia y mantener a Rusia en el juego de a tres que suponía fundamental para el sistema de alianzas del que fue inspirador. No bien Rusia fue abandonada, la acechanza volvió a recortarse en el horizonte.

Por considerar a Rusia como la más débil, a la conclusión que llegó Schlieffen tuvo consecuencias fundamentales en el desarrollo de la Gran Guerra. Razonó de esta manera: aunque menos poderosa, Rusia era más difícil de vencer merced a lo accidentado del territorio sobre el cual se combatiría y las enormes extensiones que los alemanes deberían recorrer. De aquí la necesidad de volcar la masa de los ejércitos contra la potencia mayor, Francia, a la que se podía doblegar en cuarenta y dos días. Por tanto, la obsesión de Schlieffen fue la de poner en pie de guerra un ejército lo suficientemente poderoso como para descargar un golpe mortal sobre los franceses y recién después volcarse al frente oriental. Alemania estuvo a punto de lograrlo en 1914, y en buena medida fracasó por no seguir al pie de la letra el plan maestro del famoso conde que, en su lecho de muerte, seguía reclamando: “Fortalezcan el ala derecha”.

El problema que enfrentó Alfredo von Schlieffen no se les presentó de la misma manera a los “semidioses” de Moltke el Viejo cuando debieron invadir Francia en 1870. Si este hubiese sido el caso, ciertamente Bismarck habría seguido un curso diferente, y hasta es posible que la guerra francoprusiana o bien no hubiese tenido lugar o se hubiera desarrollado de distinta manera. Es que a partir del hecho –que para Schlieffen obraba a la manera de un verdadero axioma– de que

el corazón de Francia estaba situado entre Bruselas y París, la ruta obligada de ataque suponía la violación de la neutralidad belga que Alemania, conjuntamente con el resto de las grandes potencias, había garantizado a perpetuidad.

¿Por qué no se podía en 1914 evitar Bélgica? El último plan de Schlieffen, el que lo inmortalizó, fue terminado en 1906. Siete octavos del ejército germano atacarían Francia mientras el resto sería destinado a sostener el frente ruso. Esto, además de las razones ya expuestas, fue el resultado de un error de cálculo: que a Francia y a Alemania les llevaría movilizarse el mismo tiempo, esto es, dos semanas, en tanto Rusia, de acuerdo con su pronóstico, tardaría, por la cantidad de hombres involucrados y las distancias a recorrer, seis semanas. En lo primero tuvo razón. En lo segundo, no. En cuarenta y dos días, pues, Francia debía ser derrotada, y solo se podía pensar en un mazazo definitivo si el ejército alemán era lo suficientemente grande como para que el frente enemigo colapsara sin remedio. Por dónde avanzara el grueso de las tropas, a los efectos de entrar en territorio galo, era, pues, fundamental.

¿De qué manera podría un contingente de millones de hombres dar cuenta de otro, similar en número, desplazándose sin tocar siquiera un metro del suelo suizo, en el sur, o belga, en el norte, porque ambos eran inviolables? La pregunta, según Schlieffen, carecía de respuesta. Era como tratar de resolver la cuadratura del círculo. Inversamente, si la derecha germana se desplegaba en su maniobra de envoltura de las fuerzas enemigas a través de las planicies de Flandes, la dificultad

tendría solución. Desde 1899 Schlieffen consideró que la neutralidad belga debía ser violada no merced a un capricho, sino por una necesidad fatal de la maniobra de doble envolvimiento que, tomándola de Aníbal, se convirtió en el talismán del Estado Mayor.

El plan, claro, tenía dos inconvenientes que Bismarck no habría echado en saco roto, como hicieron el káiser, Bülow, Schlieffen y Moltke el Joven. Violar Bélgica suponía comprarse un pleito con Gran Bretaña. Y, aparte, con Bélgica. En 1904, el entonces canciller Bülow, discutiendo la cuestión de la neutralidad con el conde Schlieffen, le recordó que Bismarck había advertido en su oportunidad que sería contradecir el sentido común sumar gratuitamente un enemigo a la lista de opugnadores de Alemania. El jefe del Estado Mayor le respondió con una verdadera *boutade*. La intervención británica era una cuestión que no les quitaba el sueño a los generales de Moltke. No es que despreciaran el poderío de Inglaterra, pero no la creían capaz de poner en el continente más que un cuerpo expedicionario menor.

Poco antes del comienzo de la guerra y cuando todavía ninguno de sus protagonistas imaginaba de qué forma, casi de la noche a la mañana, en los próximos meses el Viejo Continente ardería por los cuatro costados, sir Arthur Nicholson le escribía al primer ministro sir Edward Grey: “Suponiendo que Francia violase la neutralidad belga en una guerra con Alemania, y dadas las presentes circunstancias, es poco probable que Inglaterra o Rusia movieran un dedo para preservar esa neutralidad; en cambio, si la neutralidad de Bélgica fue-

se violada por Alemania, es probable que se diera lo contrario".⁴ A confesión de parte...

En cuanto al Imperio con capital en Viena, la preocupación de una guerra disputada en dos o más frentes –contra Rusia, Serbia y, eventualmente, Italia– venía de lejos y solo Alemania podía despejarla. En las conversaciones iniciadas en 1909, los dos signatarios de la Alianza Dual trataron, infructuosamente, de ponerse de acuerdo, al extremo de que, cinco años después, todavía no habían sido capaces de complementar sus respectivos planes militares. Las tropas imperiales se dividieron en tres direcciones: treinta divisiones resultaron desplegadas en Galitzia, de cara a Rusia; diez divisiones fueron enviadas al sur, en contra de Serbia, y las restantes doce quedaron reservadas para reforzar la ofensiva en cualquiera de los dos teatros de operaciones, según las necesidades del momento. El principal objetivo austrohúngaro apuntaba a sacar del ruedo a Serbia. No obstante, las prioridades de Moltke eran diferentes: deseaba a las fuerzas austriacas lanzadas sobre Rusia, algo que logró a mediados de agosto de 1914 cuando el emperador Francisco José, bajo fuerte presión de Berlín, le ordenó a su jefe de Estado Mayor retirar todo el Segundo Ejército, concentrado en la frontera serbia, y repositionarlo en la región de Galitzia, donde lo querían los alemanes.

4. “*Supposing France violated the neutrality of Belgium in a war with Germany, it is, under present circumstances, doubtful whether England or Russia would move a finger to maintain Belgian neutrality, while if the neutrality of Belgium were violated by Germany it is probable that the converse would be the case*”. Ponting, ob. cit., p. 47.

En comparación con los signatarios de la alianza franco-rusa, las potencias asociadas en la Dual demostraron menor capacidad para actuar en conjunto y menor duplicidad a los efectos de confundir y engañar a sus enemigos. Si de desencuentros se trata, los imperios centrales les sacaron –con consecuencias ominosas para ellos– una amplia ventaja a sus enemigos. Téngase presente que los austrohúngaros no consultaron con la *Wilhemstrasse* (cancillería germana) el texto del ultimátum a Serbia ni la conveniencia del día en el cual decidieron enviarlo, ni tampoco la declaración de guerra hecha a Belgrado, el 28, faltando a la promesa de efectivizarla recién el 12 de agosto. De su lado, Conrad se enteró tarde, sobre la hora de la invasión alemana a Bélgica, de que las tropas comandadas por Moltke se habían desplegado masivamente en contra de Francia y no de Rusia. Eso no fue todo. Cuando el sábado 2 de agosto se reunió el comité de crisis alemán, alguien comentó que todavía Austria no había confirmado que enfrentaría a Rusia y nadie le había informado a Italia, aliada desde 1882, de la declaración de guerra a Rusia, ni a Rumania, con la cual también existía una alianza de defensa mutua. Al escucharlo, tanto Moltke como Falkenhayn quedaron demudados.

En punto a dilemas, los de Berlín se las traían. El káiser y von Moltke debían atenerse al diagrama de Schlieffen. Dejar fuera de combate a Francia resultaba la premisa mayor de su razonamiento estratégico, aunque podía suceder, como de hecho ocurrió, que no fuese París sino San Petersburgo quien hiciera el primer movimiento ofensivo. Pero, aun en esa eventualidad,

Alemania no podía salirse del libreto: lanzar casi el noventa por ciento de sus efectivos en dirección de los Países Bajos y asumir el riesgo de desproteger la Prusia Oriental.

El plan galo, diseñado en 1913 a instancias del general Joffre y conocido como “17”, se destacaba merced a su carácter ofensivo. Es un misterio por qué los franceses estaban tan confiados respecto de sus bondades teniendo presente su inferioridad, si se comparaba sus fuerzas con las alemanas. El grueso del ejército quedó estacionado en Lorena, otro sinsentido puesto que su aparato de inteligencia le había informado que el ataque germano se iniciaría a través de Bélgica. Los franceses requerían que la topadora rusa se pusiese en marcha cuanto antes y privilegiara el compromiso de lanzar al núcleo duro de sus tropas contra Alemania. Si, en cambio, decidían darle la prioridad a Galitzia, como sucedió, la Tercera República podría enfrentar serios problemas.

Rusia, en tanto, recobrada de su derrota a manos de Japón en 1905, confiaba en poder mover –cosa que hizo– trescientos sesenta trenes diarios hacia el oeste y completar la movilización de sus tropas en tres semanas. En su caso, el plan cargaba una componente que sería crítica en agosto de 1914: a diferencia del austrohúngaro, que contemplaba la posibilidad de desplegar separadamente a los tres grupos de ejército mencionados, el ruso carecía de esa opción, como había quedado al descubierto en la Primera Guerra Balcánica. El 22 de noviembre de 1912, el ministro de Guerra, Vladimir Sukhomlinov, para contrarrestar los movimientos

de Viena en Galitzia, amagó con una maniobra que no pudo consumar cuando cayó en la cuenta de que la hipótesis de una movilización parcial en los distritos militares de Kiev y de Varsovia no era viable sin que los alemanes, como en esa ocasión puntualizó el primer ministro Vladimir Kokovtsov, la consideraran un *casus belli*.

Los dos bloques cerrados que se dejaban ver nítidamente en el empíreo europeo a comienzos de 1914 lejos estaban de haberse pintado la cara, al son de tambores de guerra. Sus diferencias, todo lo profundas que se quiera, y las desconfianzas existentes en *ambos lados de la colina*, no preanunciaban un conflicto armado. El problema fundamental no residía en las alianzas –más preventivas que probéticas– o en las cláusulas gatillo o en los planes de movilización. No es que estos, a la manera de fuerzas impersonales, pudiesen desatar hostilidades que pocos querían. Solo si, a diferencia de lo ocurrido en torno de Bosnia, en 1908, la diplomacia se daba por vencida y la guerra pasaba de ser posible a resultar probable para zanjar las enemistades latentes, las alianzas y, sobre todo, los planes mencionados, representaban engranajes explosivos.

El embajador de Su Majestad británica en Viena pareció tener dones proféticos al respecto. Con una claridad asombrosa informó al *Foreign Office*, quince meses antes del crimen de Francisco Fernando, cuanto sucedería:

Serbia tomará algún día a Europa por las orejas y causará una guerra universal en el continente... No puedo explicarle lo exasperada

que esta la gente aquí, producto de la continua preocupación que ese pequeño país alentado por Rusia le causa a Austria... La próxima vez que emerja una crisis serbia... estoy seguro de que Austria-Hungría no tolerará ninguna interferencia rusa en la disputa y procederá a resolver sola las diferencias con su pequeño vecino, cueste lo que cueste.⁵

Precisamente, así se sucedieron los hechos, aunque las palabras de sir Maurice de Bunsen hayan caído en saco roto.

La toma de decisiones

¿Fueron conscientes quienes gobernaban los imperios centrales del riesgo implícito que existía si intentaban castigar militarmente a Belgrado, respaldado a capa y espada por San Petersburgo? ¿Fueron racionales las actitudes del zar y de su gabinete y las de los gobiernos francés y británico en esos días decisivos? A la hora de juzgar conductas y de tratar de entender cómo fue posible tamaña conflagración, no basta con repasar solo

5. “*Serbia will some day set Europe by the ears, and bring about a universal war on the Continent... I cannot tell you how exasperated people are getting here at the continual worry which that little country causes to Austria under encouragement from Russia... The next time a Serbian crisis arises... I feel sure that Austria-Hungary will refuse to admit of any Russian interference in the dispute and that she will proceed to settle her differences with her little neighbour by herself ‘coûte que coûte’*”. Ponting, ob. cit., p. 62.

las decisiones, planes y movimientos de los monarcas, cancillerías y estados mayores de los países que, al cabo de cuatro años de lucha, llevaron la peor parte y fueron luego acusados por los vencedores de ser los culpables de la tragedia. En el cuadro deben estar incluidos todos, no con el propósito de ponerlos póstumamente delante de un tribunal histórico, a los efectos de que rindan cuentas de sus actos. Hacerlos entrar en escena lleva la intención de entender cómo decidían y quiénes decidían. Una visión largamente extendida, que pasa en algunos ambientes intelectuales como canónica, destaca la facultad omnímoda de Nicolás II, Guillermo II y Francisco José en razón de que eran gobernantes absolutos y todopoderosos. Se establece así, gratuita y groseramente, una distinción a priori entre un tipo de dominación autocrática, común a los tres imperios del centro y este europeo, y otro de tipo democrático que incluiría a Inglaterra y Francia. Nada más alejado de la verdad. Nunca la historia es así de lineal. Suponer que en San Petersburgo dictaba la política exterior Nicolás, como Guillermo en Berlín y en Viena Francisco José, es ignorar los pliegues y recovecos existentes en el sistema de poderes de los futuros contendientes.

Comencemos por el imperio contra el cual La Mano Negra se había cobrado una víctima demasiado importante para que la crisis no escalara. La constitución escrita prescribía que el primer ministro húngaro fuese consultado en las cuestiones diplomáticas de máxima importancia. Por lo tanto, Viena no hubiera considerado la posibilidad de atacar Serbia sin el visto bueno del ministro presidente con sede en Budapest, el

conde Esteban Tisza. En los asuntos externos también tenían voz y voto, más allá de la *Ballhausplatz* (cancillería del Imperio austrohúngaro), a cargo de Leopoldo Berchtold, la cancillería militar del heredero del trono y el jefe de Estado Mayor. Por encima del conjunto, con poder para aprobar o vetar cualquier iniciativa llegada a su despacho, se hallaba el anciano emperador Francisco José, que obraba más como un amable componedor que como un gestor de estrategias.

Algo parecido sucedía en la corte zarista. En teoría, Nicolás II era el amo y señor de todas las Rusias. En la práctica, poco y nada lo hacía parecido a Iván el Terrible. Dos ejemplos bastan para entenderlo: el fallido acuerdo entre el ministro Aleksandr Izvolsky y su par vienesé consistente en dar luz verde a la anexión de Bosnia y Herzegovina, a cambio del respaldo a la reivindicación rusa de tener acceso a los estrechos turcos del mar Negro, fue hecho a las espaldas del primer ministro Piotr Stolypin, y con un conocimiento vago del asunto por parte del zar. Más aún, el 24 de julio de 1914, Sazonov, sin consultarla con su soberano, se permitió darle instrucciones a Serbia de no responder militarmente un ataque austriaco; advertir al embajador alemán que si Austria se tragaba a Serbia, desataría la guerra y, finalmente, informar a Maurice Paléologue sobre la orden de premovilización rusa.

Lo que se respiraba en San Petersburgo era una lucha de pasillos en donde el primer ministro, su gabinete y el zar, según las circunstancias, disputaban influencias y poder en una suerte de sube y baja continuo. Muerto Stolypin, Sergei Sazonov, como nuevo canciller; Izvols-

ky, nombrado, después del fiasco de Bosnia, embajador en París, y el alto mando militar, pasaron a modelar la estrategia rusa junto a Nicolás, que intervenía de a ratos y por momentos desaparecía de escena.

¿Guillermo II era muy diferente de su primo Nicolás y de su aliado Francisco José? Pues, no. Si se hubiera interesado en el trascendental tema de las alianzas de la época, habría participado activamente en ese verdadero punto de inflexión de la diplomacia del Segundo Imperio que, despedido Bismarck, puso en ejecución su sucesor, Leo von Caprivi. La decisión de dar por enterrado el Tratado de Reaseguro con Rusia, en 1890, fue tomada, aunque parezca mentira, con prescindencia del káiser. Dado a los exabruptos y a dejarse llevar por impulsos de los cuales luego se arrepentía, Guillermo –a semejanza de los otros monarcas mencionados– no podía procesar diariamente toda la información que recibía ni definir, con precisión, la letra chica de la estrategia de su país. No era una figura decorativa ni tenía a su lado a un gigante como Bismarck, alma máter del gobierno de su abuelo. Poseía cierto talento y, al final del día, a la hora de adoptar un curso de acción, mesura. Solo que, en última instancia, hacía las veces de mediador entre las partes: el ministerio de Relaciones Exteriores, los estados mayores y el canciller, que no siempre pensaban igual. Esto quedó transparentado de manera dramática el 30 de julio, en la reunión que mantuvieron en la *Wilhemstrasse* Bethmann Hollweg, canciller imperial, y Moltke, jefe de Estado Mayor: no se pudieron de acuerdo en nada a horas del comienzo de las hostilidades. Fueron de tal grado sus diferencias

y desavenencias en cuanto a estrategia y al curso de la diplomacia germana que, en Viena, Berchtold se preguntó: “Quién manda en Berlín, Moltke o Bethmann”.

No se crea que la dinámica de la decisión –por llamarla de alguna manera– era radicalmente distinta en la Tercera República y en la monarquía liberal británica. El grado de autonomía del *Quai d'Orsay* (cancillería francesa) y del *Foreign Office* (cancillería británica) resultó, en ese tiempo, sorprendente. La burocracia estable de una y otra casa y la presencia de *full ambassadors*, con prestigio y caudal políticos propios, muchas veces tuvieron tanto o más ascendiente que los ministros del ramo, sujetos siempre a los vaivenes del electorado y a los cambios de gabinete que eran moneda corriente en las dos orillas del Canal de la Mancha. En la crisis de julio de 1914, la participación del embajador galo en San Petersburgo, Maurice Paléologue, fue tan decisiva como la de Raymond Poincaré, presidente de la República, y mucho mayor que la de René Viviani, primer ministro y canciller al mismo tiempo. En el *Quai d'Orsay* convivieron, durante décadas, los *halcones* germanófobos y las *palomas* germanófilas en constante choque.

Es cierto que el rey Jorge V tenía reservado un lugar casi decorativo en la Carta Magna inglesa. Eso, unido a la particularidad de que al *premier* británico, Herbert Asquith, la política exterior imperial le interesaba poco, convirtieron a Edward Grey en el cerebro que desde 1905 a 1916 diseñó el rol británico en el mundo, sin las interferencias que debieron soportar Bethmann Hollweg, Berchtold o Viviani en Alemania, Austria-Hungría y Francia respectivamente. No obstante lo

cual, si bien el poder de Grey era más compacto que el de sus colegas del resto de Europa, suponer que en Inglaterra el secretario del *Foreign Office* podía independizarse del resto del gabinete y del juego político de mayorías, minorías y coaliciones cambiantes en el Parlamento, sería no entender que su margen de maniobra también estaba acotado.

La reacción de Viena

Era inimaginable que el atentado de La Mano Negra pasara de largo, sin consecuencias ulteriores. Viena respondió como cualquiera de sus pares en ese polifacético tablero de ajedrez en el que se había convertido Europa. Lo hizo desde una posición de debilidad y, al mismo tiempo, envalentonada por las experiencias de reciente data. En 1908, el canciller zarista Aleksandr Izvolsky, asustado por la reacción suscitada en su país al momento de haberse hecho público en la capital austriaca el acuerdo al que habían llegado para la anexión de las provincias de Bosnia y de Herzegovina, se negó a reconocer su responsabilidad en el asunto y amenazó con desconocer su compromiso, y fue Alemania la que puso punto final al asunto. Poco menos intimó a San Petersburgo a aceptar la palabra empeñada o a asumir las consecuencias de su negativa. A partir de ese verdadero ultimátum berlínés, quedaron varias cosas en claro: Viena se sintió respaldada en toda la línea y extrajo la conclusión –cierta en buena medida– de que en una crisis de envergadura, en donde tuviese frente a

Rusia, podría contar siempre con el respaldo germano. En cuanto al gobierno zarista, entendió hasta dónde el protocolo de entendimiento con los ingleses, de 1907, no incluía, ni mucho menos, el aval del *Foreign Office* para avanzar sobre los estrechos del mar Negro y cumplir la vieja aspiración rusa de tener salida a los mares calientes. No solo eso. Si de parte del Imperio austrohúngaro había existido un intento de resolver pacíficamente los problemas balcánicos, en marzo de 1909 esa política quedó definitivamente clausurada. No puede atribuirse a la casualidad el nombramiento, en el otoño de ese año, de Nicolas Hartwig, un eslavófilo de tomo y lomo, feroz enemigo de Viena, como embajador en Serbia, donde se convirtió en el principal impulsor de las corrientes ultranacionalistas de esa nación.

Muertos el archiduque y su mujer, Viena y Budapest debían obrar de tal manera que su estatus en la geopolítica balcánica no sufriera un revés intolerable. Si por temor a una guerra retrocedían ante la afrenta recibida y aceptaban excusas para salvar las formas, habrían perdido el prestigio y el poder que a esa altura no le sobraban. El imperio multinacional, corroído como estaba por sus divisiones intestinas y las contradicciones que anidaban en sus instituciones bicéfalas, no podía darse el lujo de dilatar más tiempo la resolución de sus diferencias con Serbia. Para ello era imprescindible el apoyo de Berlín.

El 29, Conrad fue partidario de movilizar la maquinaria bélica imperial de manera inmediata, mientras Berchtold adujo que todavía no había pruebas suficientes de la responsabilidad de Belgrado. Francisco José

respaldó este parecer y ordenó que nada se hiciera hasta que el barón Tisza pudiera opinar. En realidad Viena dependía no tanto de Budapest como de Berlín. Por eso el conde Hoyos, uno de los representantes de la línea dura de la *Ballhausplatz*, fue enviado de inmediato a entrevistarse con el káiser y con su canciller para determinar qué línea de acción tomar. El 5 de julio, Conrad le preguntó a Francisco José si en el caso de que Alemania los respaldase, ello significaba la guerra. Su respuesta fue un rotundo sí.

Hoyos no se anduvo con rodeos en Berlín y adelantó que el plan de su país era desmembrar a Serbia dejándola reducida a su mínima expresión en beneficio de Bulgaria, Rumania, Albania y hasta de Montenegro. Por supuesto, la parte del león se la llevarían ellos. La reacción alemana colmó entonces las aspiraciones de su principal aliado: recomendó celeridad. Cuanto antes mejor, fue la respuesta, en la creencia de que Rusia no intervendría. Berlín le otorgó, inicialmente al menos, un cheque en blanco a su socio en la Alianza Dual con la idea de generar un hecho consumado, antes de que las grandes potencias pudiesen reaccionar.

A esa altura se cruzaron en el camino de Conrad dos problemas, insolubles en el corto plazo. En primer término, la imposibilidad de mover el ejército ya que todas sus unidades habían sido licenciadas hasta el 23 de julio. Si, para remediarlo, impartía la orden de que volvieran esos cientos de miles de soldados a sus respectivas guarniciones, habría puesto en sobreaviso al resto de Europa. El segundo inconveniente fue la reunión del consejo de ministros del Imperio, del 7 de ese mes,

en la cual impuso su posición Tisza, siempre cauto y opuesto a cualquier arresto de carácter militar. Su brega por una salida diplomática, que dejase a salvo el honor austrohúngaro, no implicaba la anexión ni el desmembramiento serbios. Sostuvo que no creía que hubiese ninguna razón imperativa para tomar el camino de la guerra, al menos en ese momento. Al propio tiempo, aconsejó plantearle una serie de demandas firmes a Belgrado, con la condición de que pudiesen ser consideradas y aceptadas. De nada valía, según él, poner al gobierno de Pasic contra la pared. Entre otros motivos, porque Rusia no permitiría la aniquilación de su protegida en la región. La solución, pues, debía ser diplomática, no bélica. Serbia recibiría, así, una lección que no olvidaría y, si fuera posible, era conveniente integrar a Bulgaria a la Triple Alianza.

Chocaron en ese momento dos posiciones: la de Tisza y la del resto del consejo, convencido de que una victoria en la mesa de negociaciones resultaba insuficiente. Aun con la convicción de que avanzar contra Serbia suponía el ingreso de Rusia en la guerra –algo de lo cual Viena estaba mucho más convencida que Berlín– para Berchtold, Conrad y el mismísimo Francisco José no existían alternativas fuera de poner al pequeño e insolente enclave eslavo en su lugar, diezmándolo mientras hubiera tiempo. En esta postura las autoridades vienesas se mantuvieron firmes hasta el 4 de agosto.

En consonancia con el pedido y no con el espíritu del *premier* húngaro de enviarle una nota terminante a Belgrado antes de decidir qué hacer, los halcones vieneses pusieron manos a la obra. A ellos les tocó redac-

tar el memorándum que agravó la crisis cuando Serbia –respaldada por el zarismo, que el 25 de julio le hizo conocer su voluntad de comenzar la movilización– se sintió lo suficientemente segura como para rechazar los puntos 5 y 6 de un documento escrito, a propósito, para resultar inaceptable. Viena le exigía a Belgrado que legitimase la presencia austrohúngara en suelo serbio a fin de investigar el crimen y de suprimir las organizaciones subversivas que atentasen contra la integridad de la monarquía dual. El memorándum, según los cálculos de la *Ballhausplatz*, no se presentaría hasta el 23 de julio, una vez que las tropas imperiales se hubieran reincorporado a sus respectivas unidades y que el presidente de Francia hubiese finalizado su visita oficial a San Petersburgo y se encontrase en alta mar.

La astuta estrategia vienesa dependía de la sorpresa, que un manejo poco profesional de Berchtold echó a perder. Sea porque deseó poner a consideración su plan, haciendo que alguien entendido en la materia pero sin responsabilidades en el seno del ministerio lo escuchase y le diese su opinión, o porque necesitaba compartir el secreto, lo cierto es que el canciller convocó a un viejo amigo, diplomático retirado, von Lützow, a partir con él a mediados de julio. Confiaba en su discreción y era lógico que así fuese tratándose de un ex funcionario de la *Ballhausplatz*. Craso error. Terminada la reunión, el interlocutor de Berchtold le contó cuánto había escuchado al embajador británico en Viena, Maurice de Bunsen quien, a su vez, hizo dos cosas. La primera, poner en autos al *Foreign Office* del asunto y la segunda, desastrosa para los austriacos, comentarle el

tema a su par ruso en la capital vienesa. El 18 de julio Sazonov estuvo al tanto de la *jugada maestra* austrohúngara y tuvo el suficiente tiempo para reaccionar.

Los serbios recibieron el memorándum sin inmutarse. Hasta ese momento habían dado pocas señales de vida y no se habían molestado en absoluto de investigar el asesinato de Francisco Fernando, negando todo vínculo con los responsables del magnicidio, como no podía ser menos. Leído el documento, su reacción fue similar, en última instancia, a la de los austriacos luego del 28 de junio: mientras estos consultaron a Berlín, aquellos hicieron lo propio con San Petersburgo. Pasic le pidió a su embajador en esa ciudad que se interiorizase sobre cómo pensaban en la corte rusa. Por su lado, Alejandro I le envió un telegrama clave al zar. Le decía que su país no estaba en condiciones de defenderse a sí mismo y que se hallaba dispuesto a aceptar cualquiera de los puntos del memorándum austriaco recomendado por Nicolás II.

Bajándose de su espíritu belicista de los días anteriores, Pasic pareció inclinado a acatar las demandas austriacas. Incluso en el mensaje que le hizo llegar a las legaciones diplomáticas de Serbia anunció que sería conciliador en todos los puntos y le daría satisfacción a Viena. Si verdaderamente este era su parecer, no lo sabremos nunca. Lo que sucedió luego fue consecuencia directa de las noticias y cables que llegaron a Belgrado desde San Petersburgo entre las 4.17 y las 11.30 del 25, del embajador Spalajkovic. El primero daba cuenta de una conversación mantenida con Sazonov en la que este le había informado que no podían aceptarse tama-

ñas demandas –se refería al memorándum austriaco– sin suicidarse. Pero, además, le hizo saber tres cosas de la mayor importancia para que las retransmitiese a su gobierno: el respaldo extraoficial ruso; la necesidad del zar, antes de adelantarle a Pasic y a Alejandro I una palabra definitiva, de discutir cuestiones de máxima trascendencia con los franceses, y el pedido, hasta nuevo aviso, de retirar las tropas de Belgrado hacia el interior y evitar un enfrentamiento con los austriacos, si estos decidían invadirlos.

En el segundo telegrama reportó una novedad de bulto: Rusia había resuelto tomar medidas enérgicas, incluso la movilización de sus ejércitos y, en las próximas horas, era probable que redactase un comunicado en donde anunciaría que protegería a Serbia. Por fin, a las 20 del 25 de julio, Spalajkovic envió un último telegrama anotando las nuevas que acababa de recibir de parte de su agregado militar, recién llegado de la residencia de verano del zar, en Tsarskoye Seló. El jefe del Estado Mayor ruso le había asegurado que estaban preparados para la guerra y resueltos a proteger a sus hermanos menores eslavos a cualquier precio. Con semejante reaseguro, Belgrado, si acaso tenía dudas, descartó de cuajo toda respuesta conciliatoria.

Sazonov quería la guerra

Desde que la noticia del asesinato se hizo conocer en San Petersburgo, el gobierno zarista adoptó una línea de conducta con base en el siguiente razonamiento: nin-

gún estado soberano podía ser responsabilizado por la acción de ciertas personas o grupos políticos –aun cuando fuesen oriundos de su territorio– desenvuelta fuera de sus fronteras. Dicho en otros términos, Belgrado no debía rendir cuentas por cuanto habían hecho Princip, Cabrinovic y los demás complotados. Esta posición quedó clara en las conversaciones mantenidas por Sazonov con el encargado de negocios austrohúngaro en Rusia, Ottokar von Czernin, el 5 de julio, y con el embajador vienes ante el zar, Fritz Szapary, trece días después. Curiosamente, o no, el presidente galo, veinticuatro horas antes de la reunión de Sazonov con Czernin, le dijo al embajador de Francisco José, en París, casi lo mismo: que no había pruebas de la participación o tolerancia de las autoridades serbias en el asesinato, y que, si Austria decidiese actuar en contra de Belgrado, ello repercutiría de manera negativa en Francia.

Los rusos se enteraron de la existencia del documento austriaco a Serbia en general, es decir, sin conocer el texto. Ello no obstó para que el ministro de Relaciones Exteriores zarista le advirtiera al embajador germano en San Petersburgo que no sería indiferente ante un ataque a Belgrado cuyo objetivo fuese su humillación. Al zarismo nunca le interesó saber si había razones para sospechar de su aliado. En ningún momento de la crisis le sugirió, como sí hicieron Londres, Berlín y Roma, realizar una investigación a fondo para satisfacer las demandas austriacas. Pasic, claro está, es lo último que hubiese hecho por una razón atendible: habrían quedado al descubierto las relaciones de Apis con su gobierno.

En las semanas inmediatamente posteriores al asesinato, existían tres posiciones irreductibles en Europa: la de Serbia, necesitada de transformar un conflicto localizado en otro más amplio o, en su defecto, aceptar el memorándum; la de Austria-Hungría que, sintiéndose respaldada por Alemania, deseaba aniquilar a su insolente vecino, aun corriendo el riesgo de que el conflicto no quedase circunscripto a los Balcanes; y la de Rusia, que merece párrafo aparte. De los muchos mitos construidos desde 1914 en adelante, con amplia recepción en la historiografía acerca de la Gran Guerra, el de las relaciones ruso-serbias es proverbial. Que el zarismo, asumiendo sus derrotas en la guerra de 1905 contra Japón y en la crisis de Bosnia, esto es, en el Extremo Oriente tanto como en los Balcanes, quisiese preservar la independencia serbia, mucho más si iba a ser fagocitada por Austria-Hungría, resulta cierto. Ello no implica, sin embargo, que hubiese secundado la política expansionista de Belgrado en la cuenca del Danubio sin beneficio de inventario. Claramente no fue esta su posición en 1908 y nunca vio con buenos ojos la pretendida salida de su aliado al Adriático. En la primera crisis de Bosnia, el gobierno de Pasic había reclamado, a cambio del reconocimiento de la anexión austriaca, compensaciones de carácter territorial que Izvolsky se negó en redondo a concederle. Este criterio ruso volvió a prevalecer en la segunda de las guerras balcánicas, cuando Austria-Hungría intimó al ejército serbio a retirarse de Albania, cortando en seco la posibilidad de que pudiese tener salida al mar. Sazonov, contra lo que podría esperarse, si verdaderamente el zarismo hubiese

secundado en toda la línea a Belgrado, no cerró filas con este. Coincidíó, en la oportunidad, con la política vienesa.

De aquí que sea legítimo preguntarse si el ingreso de Rusia a la guerra se debió a la crisis generada a raíz del asesinato del archiduque y el posterior pedido de auxilio serbio, o si Sarajevo fue la ocasión hallada a los efectos de disfrazar la principal reivindicación geopolítica del zarismo: el control de los estrechos del mar Negro. En realidad, Serbia fue menos una excusa que la oportunidad propicia para lograr, con la posible desaparición del Imperio turco, la tan soñada llegada a *los mares calientes*.

Aquí corresponde hacer algunas observaciones importantes. La primera es que, en la última reunión de planeamiento de los principales oficiales civiles y militares de la Rusia imperial antes de la crisis de julio, no se habló de Serbia y se aludió en forma meramente tangencial al cronograma de movilización contra Alemania y Austria-Hungría. El tema estratégico del día fue claro e inequívoco: Constantinopla y los Estrechos.⁶

6. “There are several important observations to be made here. The first is that, at the last planning conference of Imperial Russia’s leading civilian and military officials before the July crisis, there was no mention of Serbia and only passing reference to the mobilization timetable against Germany and Austria-Hungary. The strategic issue of the day was clear and unambiguous: Constantinople and the Straits”. McMeekin, Sean. *The Russian Origins of the First World War*. Londres, The Belknap Press, 2011, ob. cit., p. 35.

Si algo queda al descubierto en la serie de documentos cruzados entre Sazonov; su embajador en Londres, conde Alexander Benckendorff; el canceller inglés, Edward Grey y el primer lord del almirantazgo, Winston Churchill, entre enero y julio de 1914, es que la inquietud primordial de San Petersburgo ni por casualidad eran los Balcanes. Al zarismo le quitaba el sueño la construcción de dos *dreadnoughts* –el *Sultán Otman I* y el *Reshad V*– en los astilleros británicos, a punto de ser entregados a la *Sublime Puerta*. Ello, en caso de concretarse, hubiera significado un cambio definitivo del equilibrio de poderes en el mar Negro.

Turquía estaba en decadencia y se lo llamaba el gran enfermo de Europa. Todas las potencias de relevancia consideraban que tenía los días contados, o sea, que más temprano que tarde desaparecería del mapa dejando jirones de su integridad en el camino. Si a un gobierno esta presunción no podía pasarse inadvertida, era al zarista. Más allá de las razones estratégicas que no se necesitan explicar, los estrechos del mar Negro tenían para Rusia una importancia económica trascendental: la suerte del noventa por ciento de su exportación de granos salía por ese mar. Unas veinte millones de toneladas debían pasar por el Bósforo sin posibilidad, en caso de que los estrechos quedasen cerrados, de acceder al mercado mundial por otra ruta alternativa. Por ello cobra sentido el memorándum que, el 6 de enero de 1914, le envió Sazonov al zar, adelantándole la idea de ocupar y fraccionar el Imperio otomano de común acuerdo con Francia y Gran Bretaña. El plan consistía en que los franceses desembarcasen en Beirut, los británicos en Esmirna y

los rusos en Trabzon, con el propósito de presionar al sultán para que pusiese término a la misión como asesor del general prusiano Otto Liman von Sanders en Constantinopla. En realidad, detrás de ese afán se agazapaba el proyecto real: repartirse el citado imperio.

Una semana más tarde se reunió el Consejo de Ministros para discutir la posibilidad de provocar un conflicto por el caso von Liman, que se había instalado en Turquía –fruto de un acuerdo con Alemania– para ser instructor general de sus ejércitos. De todos los presentes, tan solo el primer ministro Kokovtsov se opuso de manera terminante. Fue una de sus últimas intervenciones. Despedido un mes después, su lugar fue ocupado por Sazonov. En ese cónclave quedó también en claro la confianza del generalato zarista. Como el *premier* le preguntó al ministro de Guerra y al jefe del Estado Mayor si Rusia podía sostener una guerra contra Alemania, la respuesta no se hizo esperar. Contestaron que sí y ni qué hablar contra Austria. Pero el aspecto de mayor importancia allí tratado fue la convicción de Sazonov y del partido militar, cuyos miembros más intransigentes eran, nada menos, los grandes duques Nicolás y Pedro Nikolaievich, de que el control de los estrechos solo podía conseguirse como consecuencia de resultar victoriosos en una contienda europea.

En términos de las relaciones francorusas y de sus planes en los días inmediatos anteriores al estallido de la guerra, hay un acontecimiento que ha dado lugar a todo tipo de conjeturas: la visita que los dos más importantes funcionarios de la Tercera República le prestaron a sus aliados desde el 20 al 23 de julio. Como no se han

encontrado documentos de lo tratado, lo que existen son especulaciones. Vayamos por partes. No hay duda de que las instrucciones de Sazonov a su embajador en Viena y su advertencia a los embajadores de los dos imperios centrales en San Petersburgo fueron similares a las del presidente Viviani a Alfredo Dumaine, embajador francés ante el gobierno de Francisco José. Antes de hacerse público el ultimátum de Austria-Hungría a Serbia, y de poder leerlo detenidamente, rusos y franceses le hicieron saber a Francisco José que se abstuviera de levantar demandas que pudieran violar la soberanía de su peón balcánico. A propósito se cruzaron en el camino de la monarquía dual, acorralándola. Como era obvio que Viena no se iba a dejar intimidar ni pensaba modificar sus planes, ello comportaba un riesgo bélico enorme, que rusos y franceses asumieron con plena conciencia. No por nada, cuando se enteró del envío del ultimátum austriaco a Belgrado, el día 24, Sazonov pronunció una frase célebre: *“C'est la guerre européenne”* (“Es la guerra europea”).

Ni bien la delegación francesa abandonó Rusia, volvió a reunirse el Consejo de Ministros y tomó una serie de medidas que ya habían sido anticipadas de hecho por Sazonov. Siete días antes le había dicho al embajador británico que su país no sería indiferente si Austria intimidaba a Serbia –algo que sabía que iba a ocurrir– y, si pasaba, podría verse forzado a adoptar determinadas medidas militares precautorias. En realidad, le dejaba saber cuánto ya tenía decidido hacer y llevó a la práctica el 24, acordando con el jefe de Estado Mayor, Nikolai Yanuschkevitch, en horas de la mañana, que tuviese listo

su plan de movilización parcial del ejército, para discutirlo en el cónclave de la tarde. Lo significativo, por llamarlo de alguna manera, es que Rusia carecía de semejante plan y Sazonov no desconocía el dato. La idea era impracticable a menos que resultara una excusa del canciller y del jefe militar de mayor jerarquía en las filas zaristas, a los fines de amenazar también a Alemania. Por incompetente que haya sido el mencionado oficial superior e inexperto que fuera el jefe de gobierno en materia castrense, es imposible pensar que ignoraran algo tratado dos años antes en circunstancias semejantes. El plan ruso, una vez puesto en marcha, requería la movilización simultánea contra los dos imperios centrales.

Ese mismo día Sazonov le envió un telegrama al consejero en su embajada en Belgrado, pidiéndole a Serbia que no ofreciese resistencia si fuese atacada, en tanto el gabinete ruso convalidaba el curso bélico. De lo contrario, qué sentido tenía darle instrucciones al ministro de Finanzas de repatriar los fondos depositados en bancos alemanes y ordenar la movilización de las flotas del Báltico y el mar Negro y del distrito de Odessa, ninguno de los cuales lindaba ni con Austria-Hungría ni con Serbia. Lo que se ordenó, en rigor, fue una movilización secreta que pareció tener dos móviles: forzar la contienda y apuntar, al margen de los Balcanes y de Serbia, a Constantinopla. Como sostiene Sean McMeekin:

La guerra de Rusia, ya debiera estar claro, se peleó no por Serbia, sino por el control de Constantinopla y los estrechos. Al margen de algunas

peculiaridades contingentes del ultraje de Sarajevo, el control de los estrechos fue la prioridad estratégica rusa en la crisis bosnia de 1908-1909, en la Primera Guerra Balcánica en 1912, en la Segunda Guerra Balcánica en 1913, en el asunto Liman del invierno de 1913-1914 (y) en la crisis diplomática a raíz de los acorazados angloturcos en abril-junio de 1914...⁷

Que se haya tratado de alivianar la medida con arreglo a la formalidad de llamarla “período preparatorio para la guerra” no cambiaba las cosas. Ya Kokovtsov, en 1912, había expresado que, prescindiendo de considerar cómo se la definiese, una movilización seguía siendo una movilización. No diferente fue el parecer de Maurice Paléologue, quien anotó en su diario, el 25 de julio a las siete de la tarde, en oportunidad de despedir en la estación Varsovia a Islovsky, a punto de partir con destino a París: “Los trenes se hallaban repletos de oficiales... y parecía una movilización. Rápidamente intercambiamos impresiones y llegamos a la misma conclusión, ‘es la guerra’”. No está de más recordar que Paléologue, como el agregado militar galo, el general Pierre de Laguiche, una vez comenzada la movilización

7. “Russia’s war, it should by now be abundantly clear, was fought not for Serbia, but to achieve control of Constantinople and the Straits. Contingent peculiarities of the Sarajevo outrage aside, control of the Straits was Russia’s first strategic priority at the time of the Bosnian crisis of 1908-1909, the First Balkan war in 1912, the Second Balkan War in 1913, the Liman affair of winter 1913-1914 (and) the diplomatic crisis over the British-Turkish dreadnoughts in April-June 1914...” . McMeekin, ob. cit., p. 239.

rusa, respaldaron la medida tomada por Sazonov y el zar. Si con la anuencia clara de Poincaré y de Viviani, es asunto abierto a debate.

Hubiera sido extraño que Alemania contemplara los acontecimientos como un espectador no comprometido. Sobre todo ante tamaño movimiento de tropas de su vecino. Lo que notaron Paléologue y su par británico Buchanan no podían ignorarlo el agregado militar germano, el embajador Pourtales y los cónsules con asiento en Moscú, Kiev y Odessa. Todos informaron a sus jefes naturales y sacaron las mismas conclusiones. Pourtales, por supuesto, no le creyó una palabra a Sazonov al expresarle, el día 26, su preocupación y recibir como respuesta de este que le daba su palabra de honor y le aseguraba no haber impartido ninguna orden de movilización. Qué otra cosa habría podido sospechar Berlín. En sus narices y a partir del 24 de julio, cientos de miles de soldados con sus correspondientes pertrechos se habían puesto en movimiento. Suponer que los rusos, en el brete de responder, iban a admitir lo inadmisible, era poco realista. Pero creerle a Sazonov implicaba un suicidio anunciado. Así y todo, los ejércitos comandados por Moltke comenzaron su propia movilización recién el 29, cinco días después de los rusos, y no en razón de la declaración de Sazonov –esa sí pública– de que Rusia había movilizado parcialmente en contra de Austria, sino por el peligro que entrañaba, para su seguridad nacional, darle al ejército zarista la ventaja de mover sus fichas, a vista y paciencia de Europa, mientras los soldados del káiser permanecían en cuarteles de invierno.

Por si faltasen evidencias del juego de ocultamiento zarista, dos testimonios de no poca monta despejan cualquier duda. Cuando Nicolás II le escribió a su primo el káiser, en la noche del 29, que las medidas militares que le preocupaban habían sido decididas cinco días atrás, Guillermo II no tuvo más opción que darse cuenta de que el zar lo había engañado y lo obligaba a actuar de inmediato. La segunda confesión fue hecha por el oficial superior encargado de la movilización rusa, general Sergio Dobrovolskii. Reconoció que, al momento de reunirse el Consejo, el 24, la guerra era un asunto decidido.

Las idas y venidas de Berlín

¿Hubo un cheque en blanco del que tanto se ha hablado y escrito, librado por Alemania a su aliado germánico, en el curso de las reuniones que mantuvo el conde Hoyos en Berlín y en los días inmediatamente posteriores? Y si lo hubo, ¿qué naturaleza y alcances tenía? Es verdad que el káiser, tan dado a rabietas, en el margen del mensaje que recibió de su embajador en Viena, Heinrich von Tschitschky, a principios de la crisis, en donde le hacía saber su consejo a las autoridades imperiales de que fuesen cautas, escribió: “Ahora o nunca... es hora de terminar con los serbios”. Enterado el representante diplomático alemán del enojo del káiser, cambió de discurso y pasó a ser un predicador de la línea dura en la capital austríaca. También es cierto que en el cónclave que se llevó a cabo en Potsdam, el

5 y 6 de julio, presidido por Guillermo II, flanqueado por su canciller, Berthmann Hollweg, y los principales jefes militares del Reich, la opinión prevaleciente fue: ¡ya!; Austria-Hungría debía actuar contra Serbia de inmediato. Lo que no sabían los principales responsables del gobierno alemán era algo que su embajador en Viena no les había comunicado porque lo ignoraba y Hoyos se cuidó de mencionar: la postura disidente de Tisza. Sin la anuencia de este, la estrategia recomendada por los alemanes de actuar cuanto antes carecía de sentido.

Los testimonios sobre el particular coinciden en esto, con el siguiente agregado: que, inexplicablemente, Berlín no le exigió a su aliado la obligatoriedad de consultarlo antes de poner en marcha un mecanismo sin retorno. Ello explica por qué el emperador Francisco José, Berchtold y Conrad, que el 28 de junio no habían dado un paso sin antes pedir el visto bueno del káiser, hayan enviado el ultimátum a Serbia el 23 de julio, sin recabar su opinión. La premisa de Berlín era que Rusia no intervendría y la contienda, en caso de estallar, podría quedar circunscripta a los Balcanes. Pero si el gobierno zarista no se resignaba a otra humillación –como la de cuatro años atrás, en Bosnia– y secundaba a Belgrado, resultaba preferible ir a la guerra y no esperar a que el zarismo terminase de rearmarse y de construir su red ferroviaria que le otorgaría ventajas considerables sobre los signatarios de la Alianza Dual.

Esta resultó la posición germana hasta el sábado 25 de julio. Como lo puso por escrito el embajador de Austria en Berlín, conde Szögyeny, a su jefe inmedia-

to, Berchtold, Berlín consideraba que, si la respuesta de Belgrado al ultimátum no satisfacía las expectativas,

seguirá de manera inmediata nuestra declaración de guerra y operaciones bélicas. A esta altura, toda demora en el comienzo de operaciones bélicas significa el peligro de que intervengan otros poderes extranjeros. Se nos aconseja urgentemente el proceder sin demora y presentarle al mundo un hecho consumado.⁸

Lo increíble del asunto es que los alemanes respaldaban una acción inmediata aun cuando sabían que le llevaría a su aliado dos semanas más antes de estar en condiciones de ejecutarla. Eso implicaba clausurar la posibilidad sobre la que descansaba en buena medida su estrategia, de presentarle a Europa un hecho consumado. El gobierno de Potsdam le dio un espaldarazo al de Viena con base en la suposición de que Rusia se mantendría al margen. Ignoraba que el zarismo ya había adoptado una postura beligerante sin importarle el costo.

Ahora bien, al conocer la respuesta de Serbia al ultimátum austriaco, el káiser cambió de opinión, dando un giro verdaderamente copernicano. Consideró que Belgrado había capitulado, o poco menos, y que las re-

8. “*Our declaration of war and war operations will follow immediately. Here every delay in the beginning of war operations is regarded as signifying the danger that foreign powers might intervene. We are urgently advised to proceed without delay and to place the world before a fait accompli*”. Ponting, ob. cit., p. 132.

servas serbias respecto de algunas demandas que consideraba inaceptables podían zanjarse en una negociación en la que él se ofrecía como mediador. En cuestión de horas, pues, Berlín pasó de ser el único impulsor con capacidad de darle aire al belicismo austrohúngaro, a asumir el papel de abogado de una solución diplomática. Eso lo puso de manifiesto Bethmann Hollweg el miércoles 29, en horas de la noche, con el envío de dos telegramas urgentes a Tschirschky a Viena. En el primero le informaba que, a los efectos de evitar una catástrofe general, era necesario aceptar la vía de la negociación y, casi por lógica consecuencia, algún género de mediación que dejase a salvo el honor imperial. Le advertía, asimismo, acerca del peligro de que Gran Bretaña respaldase a Rusia y a Serbia, mientras Rumania e Italia se declarasen neutrales. En el segundo mensaje insistía sobre la necesidad de que Viena mantuviera un canal abierto con San Petersburgo. Debía ser claro al respecto: Berlín se atendría a sus obligaciones, derivadas de la Alianza Dual, pero se negaba a ser arrastrada a una contienda mundial.

La última posibilidad de detener a los austriacos se frustró porque el conde Tschirschky, en conocimiento de que Conrad y Berchtold tratarían de convencer al viejo emperador de la conveniencia de una movilización general, no mencionó el tema en el telegrama que remitió a su cancillería el martes 30, a las 17.20. Incluso al día siguiente tampoco informó a su superior inmediato de lo que por esas horas sabía: que Francisco José había aceptado la sugerencia de sus dos principales colaboradores del campo civil y militar.

La contestación, expresada a través del canal diplomático de Tschirschky, fue una obra maestra de la indefinición. *Sí, pero no*, pareció ser la respuesta de un gabinete de guerra donde ninguno de los presentes –el emperador, Berchtold, Conrad, Hoyos y el ministro de guerra, Alejandro von Krobatin– demostró tener ánimos conciliadores. A esa altura nadie quería un arbitraje o una solución diplomática. Los austrohúngaros estaban rabiosos. Sería aventurado sostener, como si fuese una certeza, que jugaron a las escondidas con su garante de última instancia al darse cuenta de que las recomendaciones de Berlín podían ignorarse en tanto y en cuanto el káiser no estaba en condiciones de romper con el único aliado de peso que le quedaba en Europa. Sin embargo, eso sucedió. La política que acordaron Berchtold y Conrad, de fogonear la crisis y recomendarle al anciano Francisco José la movilización general, en dirección de Belgrado y también de Galitzia, lo confirmó.

Es fácil especular acerca de cuál hubiera sido la reacción de Berlín de haberse enterado el 29 de cuanto planeaban los austriacos, contradiciendo sus deseos. Casi seguramente habría intentado ponerles un freno. Mucho más difícil es imaginar la réplica vienesa, convencidos sus líderes de que las negociaciones a las que querían atarlos los alemanes minaban el ya roído prestigio de la corona bicéfala. Como quiera que sea, el 28 fue Berchtold el que llevó las cosas al límite y le declaró una guerra a Serbia que todos sabían en Viena que no iba a comenzar de inmediato. Contrariando de manera flagrante la inicial estrategia fijada durante la perma-

nencia de Hoyos en Berlín, el canciller austríaco hizo todo al revés. Una declaración como la del 28 de julio, que no se materializaría en el campo de combate hasta catorce días después, representaba un contrasentido militar y una locura diplomática.

Antes de esta tragedia de enredos, Sazonov, con la anuencia primero algo renuente y luego decidida de Nicolás II, se había salido con la suya e impuesto el criterio de movilizar los ejércitos zaristas en todas las direcciones. Con la particularidad de que, al tiempo de dar las órdenes pertinentes, el primer ministro sosténía, frente a los reclamos y pedidos de explicaciones de Berlín, que no existía tal movilización y, si la hubiese, no significaba necesariamente la guerra. Bethmann Hollweg, a esta altura, le había perdido toda la confianza a su par de San Petersburgo. Al hablar en el *Bundesrat* informó que tanto Rusia como Francia estaban tomando unas medidas que revelaban de manera inequívoca sus intenciones bélicas. Era cierto respecto de aquella, todavía no de esta. De cualquier manera, Alemania, por la naturaleza del Plan Schlieffen, se enfrentaba al siguiente problema: las tropas del Reich debían, en una etapa inicial, enderezar todo el peso de su maquinaria de guerra en contra Francia y mantener, de cara a Rusia, posiciones defensivas. Por paradójico que suene, debía declarar la guerra al zar –al cual en principio no atacaría– y solo después a la república gala, sobre la que se lanzaría primero. De tal manera se echaba encima la responsabilidad formal de haber dado inicio al conflicto.

La señalada no era una cuestión baladí. Por un lado, la política había quedado atrapada en la telaraña

de las necesidades militares de Moltke y sus mariscales y, por el otro, si era Alemania la que daba ese paso, por la índole de su sistema de alianzas abría la posibilidad de que Rumania e Italia no se sintiesen obligadas a respaldar al káiser. Habían aceptado hacerlo en caso de que Alemania fuese la agredida y no la agresora. El otro dato de consideración, mencionado antes, era que, predeterminados como estaban los tiempos de movilización germanos y entendido que la violación de la neutralidad belga era una parte esencial de su estrategia, las posibilidades de que Inglaterra permaneciese neutral se reducían.

Londres y París, a la vista

Conviene, a esta altura del relato, hacer entrar en escena a Francia e Inglaterra no porque hasta ese momento no hayan tenido participación en la serie de negociaciones tejidas inmediatamente después del asesinato de Francisco Fernando, sino porque su protagonismo cobró vuelo, en forma notable, en los últimos quince días, poco más o menos, antes del comienzo de las hostilidades.

Cuando Maurice Paléologue, que tanta trascendencia acreditó en la crisis de julio, fue designado embajador de la Tercera República ante la corte zarista, el ministro de Relaciones Exteriores, Gastón Doumergue, le dio instrucciones precisas. Le dijo, en pocas palabras, que la guerra podía estallar en cualquier momento y, por lo tanto, la seguridad francesa dependería de la velocidad y determinación de los rusos a la hora de mo-

vilizar sus tropas. No le agregó, porque no necesitaba aclarárselo, que la prioridad rusa debía ser Alemania y no Austria-Hungría. Se estimaba en ese entonces, y no sin razón, que los alemanes serían los más rápidos a la hora de movilizarse y los rusos los más lentos. Como el blanco de Berlín era dejar fuera de combate a Francia en cuarenta y dos días, resultaba vital que el zarismo abriese de inmediato un segundo frente colocando a los alemanes entre dos fuegos. Por eso, prescindiendo de considerar los riesgos emergentes de una movilización rusa, los galos nunca tuvieron la más mínima intención de ponerle paños fríos al belicismo de Sazonov.

En 1912 Raymond Poincaré le ofreció al zarismo, por primera vez, un respaldo incondicional en el supuesto de que, ante el eventual enfrentamiento de Austria y Serbia, Rusia cerrase filas junto a Pasic. Recién nombrado jefe de gobierno y titular de la cartera de Relaciones Exteriores de la república, Poincaré, en las conversaciones que mantuvo con Izvolsky, en París, le extendió una garantía absoluta a su aliado. Cosa que frente al mismo interlocutor repitió, en septiembre y en noviembre, mientras se desarrollaba una guerra balcánica de gran intensidad, que tendría un segundo capítulo meses más tarde.

A mediados de noviembre de 1912, Sazonov sondeó la opinión de Londres y de París respecto del siguiente escenario: una ofensiva austrohúngara contra Serbia seguida de una respuesta militar rusa a Viena. Las respuestas que recibió el canciller de Nicolás II fueron diametralmente distintas. Mientras Grey, con entera lógica, le hizo saber que no podía contestarle, dado

el carácter abstracto del planteo, Poincaré no dudó y le dijo que, si estallase un conflicto armado en los Balcanes, Rusia recibiría el apoyo de su país. La guerra rusa también sería francesa. Días después, en una conversación con el embajador italiano en París, sin andarse con vueltas, expresó: “Si el conflicto austro-serbio desembocare en guerra generalizada, Rusia contará con el respaldo armado absoluto de Francia”.⁹

Poincaré no pudo hacer tamañas confesiones y asumir semejantes compromisos sin haberlos consensuado antes con el presidente de la república. Por ende, quedaba formalizado un acuerdo gatillo referido, específicamente, a la única región explosiva de Europa, y dejaba en manos de los rusos una enorme responsabilidad, derivada del siguiente hecho: Francia no tenía intereses vitales en esa zona, mientras que para Rusia la cuenca del Danubio y lo que allí sucediera era una de sus principales prioridades geopolíticas, solo superada por Constantinopla y los estrechos del mar Negro.

Nadie sabe qué decidieron las autoridades zaristas y los líderes de la Tercera República en San Petersburgo, entre el 20 y el 23 de julio. No obstante, sería ilógico pensar que Nicolás II, Sazonov, Poincaré y René Viviani, asistidos por Paléologue, no hayan pasado revista, con precisión de detalle, a la situación política continental, luego de lo ocurrido en Sarajevo. Es inconcebible suponer que, en conocimiento de la existencia del

9. “Should the Austro-Serbian conflict lead to a general war, Russia could count entirely on the armed support of France”. Clark, ob. cit., p. 298.

ultimátum austriaco –que todavía no se había presentado a Belgrado– los rusos se lo hubieran ocultado a sus principales aliados. Todo hace suponer que acordaron un curso de acción en términos de cómo reaccionar frente al ultimátum, una vez que tomase estado público, y de cuál sería la posición de ambas si se precipitassen los acontecimientos.

La postura adoptada por Sazonov de recusar la legitimidad del ultimátum, antes de conocer los términos de su redacción, y la similar posición de Poincaré, cuando se reunió el 21 de julio con el embajador del Imperio austrohúngaro, Federico Szapáry, en San Petersburgo, dan la impresión de que habían unificado posiciones. De ahí la confesión de Sazonov a su representante en Viena, Nicolas Shebeko, en la noche del 22 al 23 de julio, después de sus entrevistas con Poincaré: “De mis conversaciones con Poincaré se desprende que tampoco Francia tolerará la humillación de Serbia”.¹⁰

Lo cierto es que, a partir del momento en que se separaron las dos delegaciones, obraron de consuno y dejaron en claro que no aceptarían ninguna presión austrohúngara a Serbia. Que la autocracia zarista y la república gala se plantaran ante Viena y le advirtieran que no avanzase más de la cuenta en contra de Belgrado no significaba, necesariamente, que en sus veladas de San Petersburgo se hubieran decidido a favor de la guerra. Suponía, sí, jugar con fuego y orillar el abismo en tanto

10. “From my discussions with (Poincaré) it clearly emerges that also France... will not tolerate a humiliation of Serbia”. McMeekin, ob. cit., p. 53.

sermonearon a la cancillería vienesa diciéndole que no se le ocurriese tomar medidas drásticas en contra del gobierno de Pasic, sin saber de qué trataba el documento.

Ahora bien, si no acordaron la salida bélica en sus conciliábulos, los rusos el 24 no dejaron lugar a dudas de que su política era escalar el conflicto. Algo que en París se supo el día 25. Maurice Paléologue, en un cable secreto, reconoció cuanto Sazonov insistía en negar delante de sus pares de los imperios centrales: “*Les préparatifs clandestins commenceront néanmois dès aujourd’hui*” (“Sin embargo, los preparativos clandestinos comenzarán hoy mismo”). Otro tanto informaba, en ese mismo momento, el agregado militar francés, general Laguiche, a su Estado Mayor, en el sentido de que el movimiento de los ejércitos zaristas no se circunscribía a la frontera con Austria sino también se dirigía a la Prusia Oriental. Francia sabía lo que hasta ese entonces Inglaterra ignoraba por completo, creído como estaba Edward Grey de que en Rusia no había movilización alguna. Sazonov y, por similares razones, Poincaré, tenían claro que la única posibilidad de que Gran Bretaña se sumase a ellos, en el supuesto de una guerra con los imperios centrales, era que ni París ni San Petersburgo fueran los agresores. Si el *Foreign Office* se hubiera enterado, por vía de sir George Buchanan, cuanto Paléologue le había adelantado al *Quai d’Orsay*, seguramente otra hubiese sido su disposición para meterse de lleno en la contienda a punto de estallar.

Los Balcanes le importaban poco a Inglaterra que, en cambio, era el principal valedor de la *Sublime Puerta*. Rusia, pues, nunca hubiera podido cuestionar el de-

recho turco al manejo de los dos estrechos clave del mar Negro sin el visto bueno del *Foreign Office*. En este orden, había diferencias –salvables, por supuesto– entre el gobierno de Su Majestad británica y el del zar. En la medida que Inglaterra, ajena a cualquier alianza formal, desease mantener una buena vecindad con París y San Petersburgo, debía pensar dos veces antes de mover sus fichas. El golfo Pérsico, Afganistán y la India resultaban para el Reino Unido, desde el punto de vista estratégico, objetivos irrenunciables. Unas relaciones armoniosas con la corte zarista eran, entonces, su consecuencia necesaria. Tal cual sir Arthur Nicolson le adelantó al embajador, sir William Goschen, en abril de 1912: resultaba mucho más desventajosa la enemistad de Francia y Rusia que la alemana. El papel de Gran Bretaña, entre el 28 de junio y el 4 de agosto de 1914, tuvo menos que ver, analizado desde este ángulo, con la violación de la neutralidad belga, que con la necesidad de conservar la *amistad* rusa y francesa.

La inteligencia de la Tercera República sabía que, si entraban en combate, los alemanes atacarían su territorio a través de Bélgica y Luxemburgo. El gabinete inglés tomó nota de la información y evaluó con exactitud que era probable que ese fuese el plan germano. En ningún momento el tema pareció ofender su sentido del honor y a ninguno de sus integrantes se le ocurrió pensar en una respuesta automática, de carácter bélico, si el Tratado de 1839 resultaba violado por Berlín. Lord George y Winston Churchill, diferentes en tantos aspectos, coincidieron sobre el particular en la reunión ministerial del 29 de julio.

No existían razones de peso definitivas que inclinaran a priori la balanza y determinasen de manera fatal que Gran Bretaña debiese pelear, codo a codo, con los países de la *Entente*. ¿Por qué, entonces, tomó el rumbo que lo llevó, precisamente, donde querían Sazonov y Poincaré? En primera instancia, salta a la vista algo incomprensible, salvo que haya sido hecho a propósito: la ninguna predisposición de Grey por informarse, con lujo de detalles, de cuanto estaba pasando en Viena, San Petersburgo y Berlín. Es verdad que Buchanan pareció un novato en la empresa de reportar la movilización rusa. Tanto confió Grey en sus informes que llegó al extremo de desestimar la queja del embajador alemán, expresada el 26 de julio, de que esos movimientos estaban en marcha. Más aún, también avaló la aseveración de Poincaré, del domingo 2 de agosto, según la cual Nicolás II había dado la orden luego de conocer la decisión de movilizar por parte de los austrohúngaros. Si Buchanan no terminaba de entender cuanto sucedía delante de sus narices, Poincaré lisa y llanamente faltaba a la verdad.

La decisión inglesa es la más difícil de descifrar porque hasta la reunión que el 1º de agosto mantuvieron a orillas del Támesis Grey y Cambon, en Londres parecía prevalecer la postura de la neutralidad. Terminada la entrevista y rechazado de plano el pedido hecho por el embajador francés de que las tropas de Su Majestad secundaran el esfuerzo bélico galo, Cambon salió del despacho murmurando, blanco como un fantasma: “Van a entregarnos. Van a entregarnos”. Asquith, por su parte, resumió así la reunión de gabinete llevada a cabo al día siguiente: 1) no existe obligación ninguna de prestarle

ayuda militar o moral a Francia y a Rusia; 2) el envío de una fuerza expedicionaria en respaldo de Francia está, de momento, fuera de la cuestión; 3) de todos modos no hay que echar en saco roto la larga amistad con los galos; 4) la desaparición de Francia como gran potencia es contraria a los intereses británicos; 5) no podemos aceptar que Alemania utilice el Canal de la Mancha como una base de operaciones hostil; y 6) tenemos obligaciones con Bélgica para prevenir que sea absorbida por Alemania.¹¹ ¿Qué cambió entre el 1º y el 4? En parte la invasión alemana a Bélgica y, casi seguramente, una suerte de obligación moral con Francia producto del acuerdo de junio de 1914, que especificaba el compromiso británico de enviar seis divisiones al otro lado del Canal si Alemania violaba territorio belga en una guerra europea. También la convicción, común a casi todo el *Foreign Office* y el gabinete, expresada así por Buchanan a Nicholson, en abril de 1914:

Rusia se está volviendo rápidamente tan poderosa que debemos preservar su amistad a casi cualquier costo. Si se convence de que somos amigos poco confiables o inútiles, podría algún día llegar a un acuerdo con Alemania y reasumir su libertad de acción en Turquía y Persia.¹²

11. Ponting, ob. cit., pp. 275-276.

12. “*Russia is rapidly becoming so powerful that we must retain her friendship at almost any cost. If she acquires the conviction that we are unreliable and useless as a friend, she may one day strike a bargain with Germany and resume her liberty of action on Turkey and Persia*”. Clark, ob. cit., p. 546.

Nunca las simpatías inglesas habían decantado a favor de Alemania. Grey hizo evidente su predisposición, favorable a sus futuros aliados, el lunes 27, cuando todavía blasonaba de neutral. El canciller británico, de manera amenazadora, le exigió a su par berlinés que mediase ante Viena. En ningún momento, inversamente, le pidió a París que hiciese otro tanto delante de San Petersburgo. Finalmente, a los motivos apuntados antes, en punto a la decisión final inglesa, es menester agregarle otro. Grey nunca hubiese podido vencer las resistencias neutralistas que anidaban en el gabinete, poderosas como eran, de no haber sido por el paso en falso que dieron el káiser, Bethmann y Moltke, fruto de la obediencia debida a los lineamientos del Plan de Schlieffen.

El hecho no deja de ser curioso porque ni Guillermo II ni tampoco su canciller habían imaginado o planeado una guerra preventiva ni antes ni después de Sarajevo. Habían respaldado a los austriacos en los inicios de la crisis y más tarde habían dado marcha atrás, sin éxito. Al final, cometieron un error imperdonable: declararon la guerra, echándose encima la responsabilidad de haberla iniciado –cuando, en realidad, habían sido los últimos en movilizar– violando la neutralidad belga. El único que pareció entender el trágico curso de acción tomado fue el almirante Alfred von Tirpitz, quien preguntó, sin obtener respuesta, por qué la declaración de guerra a Rusia se había publicado antes de iniciar la movilización, como tampoco entendía por qué se había procedido de la misma manera respecto de Francia. Con toda la culpa del lado alemán, las reservas de los neutralistas en el gabinete inglés se desvanecieron.

Es la guerra

En un contexto geopolítico y estratégico de esta naturaleza, movilizarse suponía la guerra. La decisión austrohúngara de declarar abiertas las hostilidades contra Serbia, el 28 de julio, puso a Europa frente al hecho consumado de una contienda localizada, aun cuando los cañones todavía no tronaran. No obstante, fue la medida tomada por los rusos, cuatro días antes, la que escaló cualitativamente el enfrentamiento y dejó al Viejo Continente al borde de la catástrofe que terminaría costando millones de muertos, seguida de la orden dada en la noche del 29. En esa oportunidad Nicolás II, aceptando la opinión de sus principales colaboradores civiles y jefes militares –Sazonov, Krivoshein, Rodzianko, Dobrovolskii, Sukhomlinov y Yanushkevitch– avaló la movilización general. Ninguno de los nombrados podía hacerse el desentendido en cuanto a las consecuencias que traería aparejadas. Es más, nadie en julio de 1914 hubiera podido aducir su ignorancia sobre el efecto que obraría la movilización general de cualquiera de las grandes potencias involucradas. Antes del 29 todavía hubiera sido posible, más allá de las diferencias entre las partes, circunscribir la crisis a su inicial dimensión balcánica. El día 30 habría sido una ingenuidad siquiera pensar lo.

Llegados al 1º de agosto, Alemania y Rusia, como Austria-Hungría y Serbia, estaban en guerra, en tanto los dos imperios que habían acelerado las hostilidades, el zarista y el gobernado por Francisco José, no habían roto relaciones diplomáticas ni habían cruzado disparos

en sus fronteras. Era cuestión de horas, por cómo estaban vertebradas las alianzas, que la Tercera República y Berlín siguiesen el camino bélico. Sobre la cuestión el *Quai d'Orsay* y la *Wilhemstrasse* tenían estrategias diplomáticas similares: no aparecer ante los ojos de Europa como el agresor. En esa disputa, tácita pero fundamental, triunfaron los franceses.

